





E. SALGAR
LOS HIJOS DEL AIRE
TOMO IV

BIBLIOTECA NACIONAL
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADR.

NOVELA DE AVENTURAS

EMILIO SALGARI

LOS HIJOS DEL AIRE

Novela de Aventuras

VERSIÓN ESPAÑOLA

TOMO IV



(235)

Sección Infantil

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



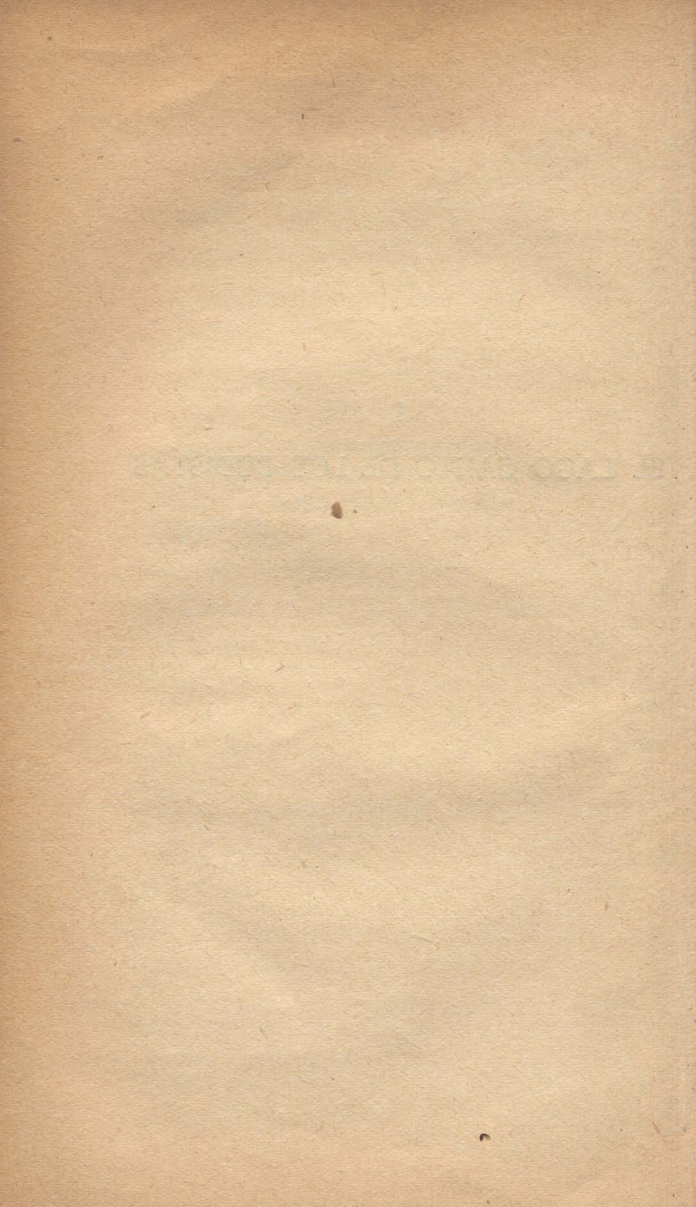
110X166

**PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES**

Fotografía inédita

I

EL LAGO SANTO DE LOS BUDISTAS



Al mediodía, el Halcon, después de una parada de dos horas en la orilla meridional del Buka-Noor, para renovar su provisión de agua, se hallaba á la vista del Tengri Noor, el lago santo de los tibetanos, lugar de peregrinación de todos los budistas de Mongolia, India y Turkestán.

Este lago, que es el más importante de la región y que los tibetanos llaman Mamt-Tso, está en el extremo de la inmensa meseta, cerca de la cadena de Nin-Tschenthangla, cuyos picos están perennemente cubiertos de nieve.

En su orilla se asientan los más célebres monasterios budistas, de los cuales, el de Dorkia, que es el más importante de ellos, es tenido como sagrado.

Se ha creído equivocadamente que la evaporación del Tengri bastaba para compensar el tributo de sus torrentes. Nada más falso. Hoy se sabe como cosa cierta que tiene desagües subterráneos que contribuyen con la evaporación á mantener constante el nivel de sus aguas.

Los terrenos que lo rodean son de naturaleza volcánica, abundando en ellos los surtidores termales. Hacia el septentrión hay un lago considerable llamado Bultso, del cual extraen los naturales y los peregrinos una cantidad enorme de borax, que, hace algún tiempo, se refinaba en Venecia, después de ser importado en esa ciudad desde la India.

Los dichos surtidores calientes arrojan el agua á unas cuantas docenas de metros de altura. Hay muchos de ellos en los alrededores de ese lago, y por su magnificencia nada tienen que envidiar á los famosos de Islandia y Nueva Zelanda.

LOS HIJOS DEL AIRE

Buena parte de la meseta de Tan-la, que es una de las más altas, pues alcanza alturas de cinco mil y más metros, es volcánica y experimenta frecuentes terremotos, y por esa razón, sin duda, ha conquistado ese terreno reputación de sagrado.

—Es un lago precioso—dijo Rokoff, que lo observaba con el catalejo—. ¡Y qué montañas más enormes lo circundan! ¡Esto sí que es sublime! ¡La hermosura de lo terrible!

—Todas esas montañas son sagradas. Aquí todo es divino—respondió el capitán.

—¿Hasta las piedras?

—Hasta las piedras.

—¿Y ese famoso convento dónde está?

—Pronto lo veremos si el tiempo lo permite.

—¡El tiempo!...

—Nos amenaza otro huracán, señor Rokoff.

—Que nos destrozará otra vez el ala...

—Los vientos soplan furiosos sobre el Tant-la; tal vez con más violencia que sobre las mesetas septentrionales. Veo una nube negra levantarse hacia la extremidad del lago, y que me parece cargada de electricidad.

—¿Y si tomásemos tierra antes de que descargara?—preguntó Fedor.

—Estamos en una región habitada por gente muy supersticiosa y podríamos tener peor recibimiento que el que nos hicieron en el barranco. Aquí no se tolera á los europeos.

—¿Ni aun los monjes?

—Los lamas menos que nadie, pues tienen á los europeos por réprobos y por espías. Trataremos, pues, de atravesar el lago antes de que estalle la tormenta. La ribera meridional está menos poblada.

—Tampoco parece estarlo ésta mucho—dijo Rokoff—. No veo ningún pueblecillo.

Os engañáis. Ahí delante tenemos á Thuigo, medio oculto entre las peñas. Dentro de me-

L O S H I J O S D E L A I R E

dia hora pasaremos por encima de él, lo bastante altos para que no nos alcancen las balas, si por acaso nos disparan algún tiro.

La aldea iba distinguiéndose cada vez mejor. Hállase precisamente en el borde de la meseta, que cae por allí á plomo sobre el lago desde considerable altura. Debían ya de haber visto el aeróstato desde el pueblo, pues muchos hombres á caballo, armados de fusiles, galopaban á través del campo. Siendo los tibetanos todos, desde el más rico hasta el más pobre, apasionados por la caza, nada extraño tenía que quisieren cazar aquel que debiera parecerles gigantesco avechucho.

—¡Mal recibimiento van á hacernos!—dijo Rokoff—. También esta gente toma al Halcon por un monstruo...

—¡Dejadlos—les contestó el capitán—. No nos alcanzarán seguramente con sus arcabuces de mecha, pues estamos á mucha altura.

Más de doscientos hombres, montados en

caballejos pequeños y enjutos, pero recios, seguían rápidamente al Halcon dando gritos y agitando sus armas; pero cuando llegaron debajo de él, en vez de tirarle se apearon precipitadamente y lo saludaron con grandes reverencias, con gran asombro de Rokoff.

—¿Nos tendrán miedo?—preguntó el cosaco.

—No lo creo; porque estos tibetanos no tienen nada de tímidos—le contestó el capitán—. Lo que sucede es que nos tienen por seres superiores. Y se comprende, porque siendo como son, supersticiosos, y no habiendo visto nunca ni teniendo noticia de aeróstatos ni de máquinas voladoras, deben de estar atónitos. Cualquiera en su lugar lo estaría.

—¿Nos tomarán por divinidades?

—Es posible. Tengo por muy probable que por lo menos, pasemos por hombres santos á sus ojos.

—¿Y si probásemos descender á tierra?

L O S H I J O S D E L A I R E

No me disgustaría representar, siquiera por unas cuantas horas, el papel de divinidad.

—Es un papel difícil de sostener y vale más no hacer la prueba. Yo, por mi parte, no tengo el menor interés en jugar ese albur.

El Halcon se iba acercando á las chozas que formaban la aldea. Sus habitantes, al ver pasar el aeróstato, habían salido todos á la calle y daban muestra del más profundo respeto en sus ademanes.

Sólo breves instantes pudieron nuestros amigos contemplar ese espectáculo, pues el Halcon, que marchaba á grandísima velocidad, se dirigió resueltamente hacia el Sur á través del lago Sagrado. El capitán ni siquiera había puesto atención en aquellas demostraciones de respeto, preocupado con la cercanía de la nube oscura, que iba agrandándose por momentos y que estaba ya á punto de cubrir toda la redondez del cielo. El lago, como si presintiese el galernazo, iba mudando de co-

lor. El azul se hacía cada vez más obscuro, hasta tornarse casi negro.

Ya por el Sur, por las enormes cadenas del Himalaya, comenzaban á soplar las primeras ráfagas, heladas é impetuosísimas, estorbando la marcha de la máquina volante, que de cuando en cuando sufría fuertes sacudidas. Frecuentes relámpagos fulguraban en el seno de la nube, oyéndose después retumbar los truenos, cuyos ecos se propagaban entre las tenebrosas masas de vapores. El aire estaba cargado de electricidad, y Rokoff, Fedor y sus compañeros se sentían en extremo nerviosos.

—¿Estáis inquieto?—preguntó el cosaco al capitán.

—No estoy muy tranquilo —respondió éste—. Temo que nos caiga algún rayo.

—Pero en invierno... y á tal altura...

—Sí; estamos á cuatro mil seiscientos metros, pues esa es la altura del Tengri-Noor; cierto es, ¡pero mirad qué relámpagos!

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Y no nos convendría virar en redondo y volver hacia atrás?

—No, señor Rokoff. El lago está rodeado de montañas y temería que el huracán nos hiciese estrellarnos contra cualquier roca. Prefiero luchar en medio de este lago, donde por lo menos no hay obstáculos.

—¿Y si se nos rompieran las alas y cayésemos?

—Mi huso puede navegar lo mismo que un barco—respondió el capitán—. No sería la primera vez que nadase. Lo que temo no es al agua, sino á los rayos. ¡Bah!; confío en que no nos abandone la suerte, que hasta ahora nos ha protegido. ¡Adelante, pues!

Las aguas del lago, después de haber cambiado de color, comenzaban á rugir debajo del Halcon. Levantábanse olas por todas partes, como impulsadas por una fuerza plutónica. De cuando en cuando, las columnas líquidas saltaban á lo alto, para caer después pulverizadas con terrible estrépito.

La nube negra, cuyos bordes estaban iluminados pálidamente con luz casi sulfúrea, descendía rápidamente, amenazando casi envolver á la máquina voladora. En su seno se sucedían los relámpagos sin interrupción, estallando truenos espantosos que repercutían en las montañas circundantes.

El misterioso lago de los budistas habría estado sumido en la obscuridad más profunda sin aquellos fogonazos de luz lívida. En los breves momentos en que cesaban, todo quedaba en tinieblas. El estado eléctrico iba haciéndose cada vez más intenso. En las puntas de las alas y de los planos sustentadores y hasta por la superficie de las hélices corrían llamas. Era el fuego de San Telmo. Y entre tanto, el viento rugía y silbaba furiosamente. Parecía que de las grietas gigantescas del Himalaya se habían desencadenado todos los vientos. Ráfagas del Norte, del Mediodía, de Levante, de Poniente, del cuadrante todo, se

L O S H I J O S D E L A I R E

entrechocaban, produciendo violentísimos remolinos y trombas que arrastraban al Halcon tan pronto hacia arriba como hacia abajo, como una pluma...

—Capitán—dijo Rokoff, que estaba aterrado, porque nada había visto semejante en su vida.—¿Cómo acabará esto? Veo descender las nubes de un modo alarmante.

—Estamos jugando una partida desesperada—respondió el capitán—. No creí que se pusiese la cosa tan seria.

—¿Dónde estamos en este momento?

—Supongo que sobre el lago.

—¿Lograremos llegar á la otra orilla antes de que el vendaval nos destroce ó que estas llamaradas nos incendien?

—¿Quién puede decirlo? Como veis, he impreso al Halcon toda la velocidad posible, pero los vientos lo arrastran. Temo verme precisado á ceder y dejar que el viento nos lleve adonde le plazca.

—¿Y volver hacia la costa septentrional?

El capitán no tuvo tiempo de responder. Una tromba de aire, formada por vientos que parecían entrechocarse unos con otros precisamente en medio del lago, envolvió al Halcon, obligándole á girar sobre sí mismo con rapidez espantosa.

Las alas, impotentes para luchar, se retor-cían y crujían pavorosamente, como si de un momento á otro hubieran de despedazarse. Hasta la armazón del huso crujía. La nave aérea, sin dejar de dar vueltas, ascendía hacia el vértice de la tromba, en donde se disgregaban las nubes formando una especie de cono invertido. Por algunos instantes se vió aparecer en el fondo de aquel tubo una especie de disco rojo, incandescente como un sol. Después envolvió al Halcon una oscuridad completa, que dejó anonadados á los aeronautas. ¿Dónde estaban? ¿Habían sido absorbidos por aquella enorme nube negra? El ca-

L O S H I J O S D E L A I R E

pitán así lo creyó. De repente, á aquella completa obscuridad sucedió una luz violentísima acompañada de truenos espantosos, muy semejantes á explosiones de minas colosales ó de polvorines. Ráfagas de fuego corrían á diestra y siniestra de los aeronautas aterrorizados, haciendo brillar el huso, que parecía incandescente. Eran resplandores que pasaban á pocos metros y que desaparecían al momento en las masas de vapores que el viento transportaba borrascosamente. Un olor sulfúrico se sentía en torno al huso, sofocando á los aeronautas.

Todo era fuego. Millares de centellas corrían sobre las alas y sobre los planos sustentadores, sobre las hélices, sobre los puentes, sobre los mismos vestidos de los hombres. Hasta de la barba de Rokoff brotaban llamas.

—Capitán—gritó el cosaco, tratando de dominar con su voz robustísima aquel estruendo—. ¿Qué es lo que sucede?

—Que estamos metidos en medio del meteoro—respondió el capitán con voz sofocada.

De improviso aquellas luces se extinguieron, los rugidos del viento cesaron súbitamente y la violencia del aire se calmó.

No se oía más que un continuo estrépito, como si cayese sobre el huso una lluvia de perdigones. Había sucedido una calma profunda á todos los estrépitos de antes.

El Halcon había cesado de girar y descendía lentamente sobre el lago, siempre envuelto en una espesa niebla que no dejaba ver nada á tres ó cuatro pasos de distancia.

—Señores, que caemos...—gritó Fedor acercándose al capitán.

—He detenido las alas y las hélices—respondió éste.

—El lago está debajo de nuestros pies. ¿No oís el rumor de las olas?

—A su debido tiempo detendremos el descenso. Trataremos por ahora de escaparnos

L O S H I J O S D E L A I R E

de esta nube si no queremos salir todos abrasados. No os asustéis, señor Fedor; ni tampoco vos, señor Rokoff. Creo que el momento más terrible pasó ya.

—Pero, ¿qué significa esta calma?—preguntó el cosaco.

—Es que descendemos por el centro de la tromba. Ved si no el viento que reanuda su movimiento circular. Tratemos de romper sus espirales. — ¡Maquinista! ¡A toda marcha!

Los rugidos del viento recomenzaban y el Halcon volvía á girar sobre sí mismo. Las alas batían el aire con golpes vigorosos, precipitados. El huso, taladrando con empuje irresistible la columna de aire, pudo salir de la formidable tromba. Pero también fuera de ella imperaba el huracán con terrible furor. El Halcon, después de algunos instantes, corría hacia el septentrión, incapaz de resistir á las ráfagas. Corría á la desesperada, envuelto, trastornado en todos sentidos, ora su-

E M I L I O S A L G A R I

biendo, ora precipitándose al fondo, llegando á tropezar con las crestas de las olas del lago. Vibraban las alas, curvábanse los planos sustentadores, crujían los costados del huso. En algunos momentos parecía inevitable que la nave aérea se destrozase y que los aeronautas fuesen precipitados entre las espumosas aguas.

¿Cuánto duró aquella carrera? ¿Veinte minutos ó una hora?

Ninguno hubiese sido capaz de determinarlo.

Unos gritos sacaron á Rokoff de su aturdimiento.

Miró hacia tierra. Un promontorio se levantaba sobre el lago, y en una de las rocas salientes, á la luz de los relámpagos, distinguió un edificio de tejados arqueados. Sobre una especie de terraza se movían seres humanos, levantando los brazos al Halcon que el huracán arrastraba en vertiginosa carrera.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¡Señores!—gritó—. Una casa... Un convento... Una fortaleza... No sé; allí... Mirad... debe ser u...

No pudo continuar. Un relampago le cegó, envolviendo al huso, al mismo tiempo que una ráfaga de fuego caía sobre el puente.

Hizo Rokoff por agarrarse á la borda, pero antes de que hubiese podido tocarla se sintió lanzado en el vacío entre un estrépito tremendo.

¿Habían hecho explosión los depósitos de aire líquido, ó la máquina? No pudo saberlo. Estaba envuelto en una ola coronada de espumas.

Cuando, todavía aturdido y ciego por aquella caída inesperada y aquella luz intensa volvió á la superficie, el Halcon había desaparecido.

—¡Por las estepas del Don!—exclamó—. ¿Ha saltado por el aire ó ha sido absorbido por el huracán entre los vapores de la nube negra?

Otra ola que le envolvió impetuosamente, llenándole la boca de agua amarga y salada, le distrajo por un momento de la idea de ocuparse de sus compañeros.

—Pensemos en salvar nuestra piel, por ahora—dijo—. Después veremos lo que le ha sucedido al Halcon. ¿Dónde habré caído? ¿Estará lejos la orilla? ¿Tendré que luchar mucho para salir vivo de este lago?

Las olas sucedían á las olas, ya levantándolo en alto, ya precipitándole en los abismos, ya, en fin, cubriéndole á ratos y zarandeándole en todos sentidos. El lago estaba también revuelto por la tempestad y no era cosa fácil librarse de sus violentas sacudidas. Pero como Rokoff era un nadador valiente, se dejó llevar por las olas, y, como pudo, se desembarazó de su amplio chaquetón, que le impedía moverse con libertad.

Había vuelto á salir á flote cuanto tocó con las manos algo que las olas traían y llevaban.

L O S H I J O S D E L A I R E

Creyendo que fuese algún árbol ó un objeto cualquiera caído del Halcon, alargó las manos y agarró un cuerpo humano.

—¡Por vida de! . . . —gritó estremeciéndose—. ¿Será alguno del Halcon?

Con su supremo esfuerzo levantó la cabeza del anegado, tratando de reanimarlo. En aquel mismo instante un relámpago vivísimo iluminó las aguas del lago.

Un grito desesperado salió de su garganta.

—¡Fedor! ¿Muerto quizá? ¡Gran Dios! No. No es posible . . .

Y continuando su carrera natatoria con energía para no ser dominado por las olas, que le aplastaban por todas partes, sujetó con el brazo izquierdo el pecho del amigo, sosteniéndole la cabeza fuera del agua.

Parecióle de pronto que aquel cuerpo que momentos antes creyera muerto se estremecía.

—¡Aún vive! ¡Salvémosle!—se dijo.

La cosa, sin embargo, no era nada fácil,

pues no sabía dónde estaba, á pesar de haber descubierto poco antes de la caída un promontorio y un gran edificio. Además, el oleaje no cedía y la necesidad de sostener á su amigo le embarazaba para nadar.

—Si no puedo salvarle, al menos moriremos juntos—pensó el bravo cosaco—. ¡Ah! Si estuviese aquí el capitán para ayudarme . . . pero, ¿quién sabe si estará vivo á estas horas?

Nadaba con furor, haciendo esfuerzos prodigiosos para no ser arrastrado por la resaca, y volviendo los ojos en todas direcciones para ver si descubría la orilla.

Los rugidos de las olas y los silbidos agudos del viento le aturdían, y, sin embargo, continuaba luchando desesperadamente. No; no quería morir. Ya habrían transcurrido diez minutos, cuando creyó oír gritos humanos entre los fragores de la tormenta.

Levantó los ojos y distinguió confusamente

L O S H I J O S D E L A I R E

sobre una roca el mismo edificio que momentos antes de caer había visto.

La costa está cerca—pensó—. Tratemos de llegar á ella y procuremos, sobre todo, no estrellarnos contra una roca.

Se dejaba arrastrar por las olas, nadando solamente con los pies, por temor de que la violencia de la resaca le arrebatase de las manos á Fedor. De pronto se encontró en medio de una superficie cubierta de espumas y casi en calma. Ya no había olas ni remolinos.

¿Habría entrado en alguna ensenada? Así lo creyó. Como quiera que fuese, como el agua estaba tan encalmada y se distinguía una costa vecina, redobló sus esfuerzos, no juzgando la empresa de tomar tierra ni difícil ni peligrosa.

—Ha sido una fortuna inesperada. Sí...

No prosiguió. Sus piernas habían chocado contra un fondo duro, peñascoso y erizado de puntas agudas. Se levantó en pie, notando que el agua le llegaba solamente al pecho.

—¡Estamos salvados!—exclamó.

A cincuenta ó sesenta pasos se extendía una estrecha lengua de tierra bastante baja para poderla escalar sin fatiga. Más allá se alzaba una roca gigantesca, sobre la cual Rokoff había visto, á la luz de los relámpagos, un edificio monumental que le pareció monasterio ó fortaleza.

Las olas, á causa de un repliegue de la costa y de una escollera altísima, no podían llegar hasta el lugar en que se encontraba el cosaco. Rompían furiosamente contra aquellos obstáculos, no llegando hasta aquella especie de bahía ó ensenada sino en débites ondulaciones.

Sosteniendo siempre en alto á Fedor, que aún no daba señales de volver en sí, Rokoff atravesó velozmente la lengua de tierra y escaló el espigón, deteniéndose bajo la gigantesca roca cortada á pico.

—Si encontrase algún refugio—murmuró lanzando rápidas miradas hacia la pared.

L O S H I J O S D E L A I R E

Pero la obscuridad no dejaba ver á diez pasos de distancia, pues se había hecho de noche por completo y el cielo seguía cubierto por aquella espesa nube negra que el viento, á pesar de toda su violencia, no había podido deshacer.

—Lo buscaré más tarde—pensó—. Ahora ocupémonos de Fedor.

Depositóle sobre un lecho de arena fina y le despojó del chaquetón y del chaleco, poniéndole una mano sobre el pecho.

—Su corazón late—dijo con voz alegre—. Ha sido una fortuna encontrarle tan á tiempo. Si llego á salir á flote algo más allá, mi amigo Fedor estaba perdido.

Abrió la boca y cogió la lengua del paciente, tirando de ella con movimietos regulares para activar el funcionamiento de los pulmones, mientras con la otra mano le levantaba alternativamente uno y otro brazo.

La lluvia caía á torrentes y el viento barría violentamente la playa, pero Rokoff, no obs-

tante, continuaba su operación con ardor y delicadeza incansables.

De pronto salió un profundo suspiro de los labios del ruso.

—La respiración se reactiva. Todo va bien —dijo Rokoff.

Soltó la lengua y se puso á darle friegas á Fedor en el pecho con un pedazo de lana arrancado del forro de la chaqueta.

Fedor iba recobrando rápidamente el sentido, vomitando agua de cuando en cuando. Al fin abrió los ojos.

—¿Dónde... me... encuentro?—preguntó con voz débil—. Rokoff... Capitán...

—Aquí estoy, á tu lado—respondió el cosaco, cubriéndole el pecho.

—Amigo Rokoff..., ¿qué es lo que ha sucedido?

—Una catástrofe, un accidente... Yo mismo no lo sé. Estamos en salvo, después de haber sido lanzados al lago los dos, por

L O S H I J O S D E L A I R E

efecto, al parecer, de un rayo. Luego te he encontrado por pura casualidad, en el momento en que te disponías á hacerles compañía á los peces.

—Ahora recuerdo. Aquella luz, aquel trueno... Las olas después... ¿Y me has salvado?

—Te he traído aquí.

—¿Y el capitán?

—No sé nada de él.

—¿Y el Halcón?

—Ha desaparecido. Tal vez esté en el lago, partido por el rayo ó por efecto de la explosión de los depósitos de aire líquido ó de la máquina.

—No, no—exclamó Fedor—. No ha caído.

—¿Cómo lo sabes tú?—preguntó Rokoff sorprendido.

—Cuando las olas me sacaron á flote lo vi; me acuerdo perfectamente. El viento lo arrastraba hacia el Norte...

—¿No naufragó, pues?

—No.

—Hubiera sentido muchísimo que ese maravilloso aparato hubiese sido deshecho, y que su valeroso capitán hubiera perecido. ¿Estás seguro de haberlo visto escapar, Fedor?

—Sí, Rokoff.

—¿Y no ardía?

—No.

—Entonces no son sus depósitos los que han saltado.

—No: fué que cayó un rayo sobre el puente y nos lanzó al vacío.

—¡Respiro!—exclamó el cosaco—. Entonces lo volveremos á ver después, cuando cese el huracán.

—Pero nosotros, ¿dónde estamos?

—Cerca de un monasterio ó de una fortaleza.

—Pues que no nos descubran, Rokoff—dijo Fedor—. Quedémonos escondidos hasta que

vuelva el Halcon. El capitán estoy seguro que vendrá á recogernos.

—Yo tampoco lo dudo, Pero será necesario que busquemos un refugio. El monasterio está sobre la cumbre de esta roca y mañana podemos ser descubiertos.

—Quédate aquí; voy á ver si puedo encontrar algún escondite ó alguna caverna. Me parece que toda esta pared está carcomida.

—¿No tienes tú ropa? Ponte la mía—exclamó Fedor.

—Me la tuve que quitar en el agua para poder salvarte y salvarme. Pero no te inquietes por mí. Tengo dura la piel y el frío no hace presa en mis carnes. No te muevas y espérate que vuelva.

El cosaco se alejó siguiendo la pared de la roca, que parecía hueca por su base. Como habían cesado los relámpagos, tuvo que andar á tientas, buscando el escondite con las manos.

La borrasca continuaba con violencia; olas gigantescas cruzaban la superficie del lago, rompiendo furiosamente contra la costa, con rumores y estampidos formidables. De las nevadas cumbres descendían ráfagas heladas con tal ímpetu, que en algunos momentos sentía el cosaco que la respiración le faltaba.

—No va á poder volver el Halcon mientras dure el huracán—pensaba Rokoff sin cesar de buscar—. El viento sopla siempre del Sur, y ¡sabe Dios dónde lo llevará!

De repente se detuvo, dejando escapar una maldición. En la obscuridad había distinguido algunos puntos luminosos amarillos, verdes, rojos y azules, que avanzaban siguiendo la pared de la roca. Parecían linternas chinas ó algo semejante

—¿Si nos habrán visto estos monaguillos tomar tierra y vendrán á buscarnos?—se preguntó.—¿O nos habrán visto también caer al agua? Me acuerdo haber visto algunos hom-

LOS HIJOS DEL AIRE

bres momentos antes de que cayese el rayo en el Halcon. Gritaban y alzaban los brazos hacia nosotros... ¿Qué hacer? ¿Esperarlos ó huir? ¿Huir? Y ¿adónde? Si esta pared está cortada á pico...

Se detuvo un momento, dudoso, no sabiendo por qué partido decidirse, optando, al fin, por reunirse con Fedor y advertirle del peligro que les amenazaba.

—El conocerá á los tibetanos mejor que yo—se dijo.

Los puntos luminosos, ó lo que parecían linternas, seguían avanzando, y siguiendo unas veces la pared de la roca y otras la playa.

Parecía que los hombres que las llevaban buscaban algo, porque á ratos se detenían y bajaban las lámparas, ó se dispersaban para agruparse de nuevo.

—Fedor—dijo Rokoff cuando estuvo cerca de su amigo—. Estamos á punto de ser des-

cubiertos, y no he logrado encontrar ningún escondite.

—Yo también he visto esas luces—dijo el ruso—. ¿Será á nosotros á quien buscan?

—No cabe duda. Nos han visto caer del Halcon y tomar tierra.

—¿Quiénes serán?

—Supongo que monjes. Me dijiste que habías visto un gran edificio . . .

—Sí, Fedor; pero podía ser también una fortaleza . . .

—No las hay sobre este lago; aquí no hay más que monasterios.

—¿Son malos los sacerdotes de este país?

—No creo. Pero hubiera preferido no haber sido descubierto.

—¡Bah! Si son monjes no me dan miedo—dijo Rokoff.—Me siento con fuerzas para hacer frente á cincuenta.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¡Déjate de tonterías!—dijo Fedor—.

¿No habrá modo de escapar?

—Tirándonos al lago.

—No pensemos en ello. La tormenta, en vez de amainar, va en aumento y las olas llegan ya hasta aquí . Veamos cómo nos reciben estos monjes budistas, y si es hostilmente ya veremos modo de amansarlos.

Fedor se había levantado. Los de los faroles no estaban más que á unos cincuenta pasos y seguían explorando la playa. Como no eran más que media docena de hombres, no parecía probable que vinieran con malas intenciones.

—Vamos á salirles al encuentro—dijo Fedor resueltamente—. Si nos quedásemos aquí nos encontrarían lo mismo.

—Vamos allá—dijo el cosaco.

Habían andado la mitad de la distancia, cuando vieron las linternas detenerse proyectando la luz hacia adelante. Los hombres que

las llevaban dejaron escapar exclamaciones de estupor.

—Nos han visto—exclamó Fedor.

—¿Quiénes serán?—preguntó Rokoff.

—Monjes. ¿No ves que llevan todos largas túnicas de fieltro con un manto blanco?

—Sí; parecen fantasmas, sobre todo con esta obscuridad.

Fedor se adelantó hacia ellos, levantando las manos y diciendo:

—¡Paz, paz!...

Los monjes quedaron por un momento inmóviles, con el más vivo estupor marcado en sus rostros amarillentos; después dejaron en el suelo las linternas y se arrodillaron ante los náufragos con el más profundo respeto, pronunciando palabras que ni el ruso ni el cosaco pudieron entender por más que hicieron por adivinar lo que decían.

—¿Qué significa esto, Fedor?

—Pues que estos hombres nos adoran. Nos

L O S H I J O S D E L A I R E

deben de haber visto caer desde el Halcon y nos toman por seres superiores.

—¡Vive Dios! Pues aprovechémosnos de ello siquiera para proporcionarnos una buena cena y un buen lecho. Supongo que no creerán que nuestra superioridad llegue hasta el extremo de vivir del aire como los camaleones.

En vista de que los monjes seguían proster-nados, Rokoff cogió á uno y lo levantó como si fuese una pluma, poniéndole en pie. Los otros se apresuraron á levantarse, sacando la lengua todos y moviéndola en todos sentidos.

—Hemos comprendido. Nos saludan—dijo Rokoff—. Basta, basta. Conducidnos con vosotros.

Los monjes se miraron los unos á los otros, tratando, probablemente, de comprender lo que quería decir el cosaco; después uno de ellos, que llevaba al cuello un gran collar for-

mado por una hilera de piedras perforadas y muy transparentes, hizo algunos signos, señalando repetidamente la cumbre de la roca.

—¿Es que nos invitan á subir?—preguntó Rokoff.

—Eso parece—respondió Fedor.

—¿No puedes hacerte comprender por ellos?

—No entienden el chino. En su monasterio habrá, sin embargo, alguno que lo hable, pues los tibetanos son tributarios de la China. Nos han invitado á seguirles.

—Pues vamos—respondió el cosaco—. Estoy helado y necesito un buen fuego.

Tres monjes abrían la marcha con sendas lámparas. Los otros tres seguían al lado de los aeronautas.

—Son muy amables—dijo Rokoff—. Me parece que esta aventura no va á terminar tan mal como creíamos al principio.

L O S H I J O S D E L A I R E

Siguieron por tres ó cuatrocientos pasos la línea de rocas, saliendo después á una extensa playa, desde la cual ascendieron á la cumbre del peñón, sobre el cual se alzaba un palacio enorme de altos tejados arqueados y dos torres de estilo chino.

—¿Habremos venido á caer en el monasterio de Dorkia?—se preguntó Fedor.

—¿Es uno de los más hermosos?—preguntó á su vez Rokoff.

—No sólo eso, sino también el más célebre del Tengra-Noor, visitado cada año por millares y millares de peregrinos y hasta por los Dalai-Lamas.

—¿Serán riquísimos estos monjes?

—Prodigiosamente, Rokoff.

—Entonces de seguro encontraremos una buena cena y una cama mullida.

II

LOS BUDISTAS DEL TENGRI-NOOR

Los monjes siguieron por una gradería que conducía á una vasta terraza, en la cual había algunos mástiles que sostenían banderas y enormes planchas de metal, probablemente *gongs*, destinados á servir de campanas, y condujeron á los aeronautas á través de un estrecho corredor que parecía rodear el edificio y que estaba iluminado cada diez ó quince pasos por una linterna ó farol de talco, semejante á las que usan los chinos.

De cuando en cuando, por las portezuelas que había á los lados del corredor asomaban cabezas humanas, que al momento desaparecían, pero que volvían á asomarse cuando había pasado la comitiva, oyéndose por todas partes cuchicheo de conversaciones.

Rokoff, Fedor y su escolta recorrieron cin-

co ó seiscientos pasos, subiendo graderías de vez en cuando. Al fin llegaron á una puerta, en cuyo dintel había un *tam-tam*.

El monje del collar sacó una pequeña maza de madera y golpeó tres veces el instrumento, haciendo vibrar el bronce, cuyos sonidos se propagaron por el inmenso corredor, repetidos varias veces por el eco.

—¿Adónde nos llevarán?—preguntó Rokoff á Fedor.

—A la presencia del prior de la comunidad, supongo.

—¡Que será un personaje importante!...

—Casi tanto como el Dalai-Lama de Lhassa, si es que éste es el verdadero monasterio de Dorkia.

—¿Cómo nos recibirá?

—Pues como santos, ó cosa así, á lo que creo. ¿Te parece que no deben tomar por santos á unos hombres que vienen por el aire, atravesando las nubes?

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Nos tomarán de veras por seres superiores?

—¿Por qué no?

—¿Y si la aventura concluyese mal?

—Ya nos las arreglaremos lo mejor que podamos. Tú, mira y calla, Rokoff.

La puerta se abrió y los dos europeos fueron introducidos en una vasta sala iluminada por algunos faroles, con las paredes tapizadas de hermosas telas pintadas y los suelos cubiertos de alfombras de fieltro negro que apagaba el ruido de las pisadas.

En el centro se veía una estatua de Buda, de gran tamaño, hecha de arcilla y cubierta de pedazos de papel dorado. Figurábasele sentado con las piernas cruzadas, á la moda de los turcos, las manos sobre el vientre y adornado con collares de oro y de perlas de vidrio. Sobre la cabeza llevaba una especie de gorro, del cual pendía una cola blanca de caballo. Rokoff y Fedor habían echado apenas una mi-

rada á su alrededor, cuando por una puerta cubierta por una cortina salió un monje de alta estatura, muy viejo, con la cara muy arrugada, casi de pergamino, y con una barba ralísima y completamente blanca. Vestía una amplia túnica de fieltro de mangas anchísimas, y sobre las espaldas, prendida por un alfiler de oro, llevaba una mantelina blanca, cuyos pliegues le caían más abajo de la cintura. Los seis sacerdotes, al verle entrar, se habían inclinado hasta tocar el suelo con la frente. Uno de ellos se levantó en seguida, cambiando rápidamente algunas palabras con el viejo.

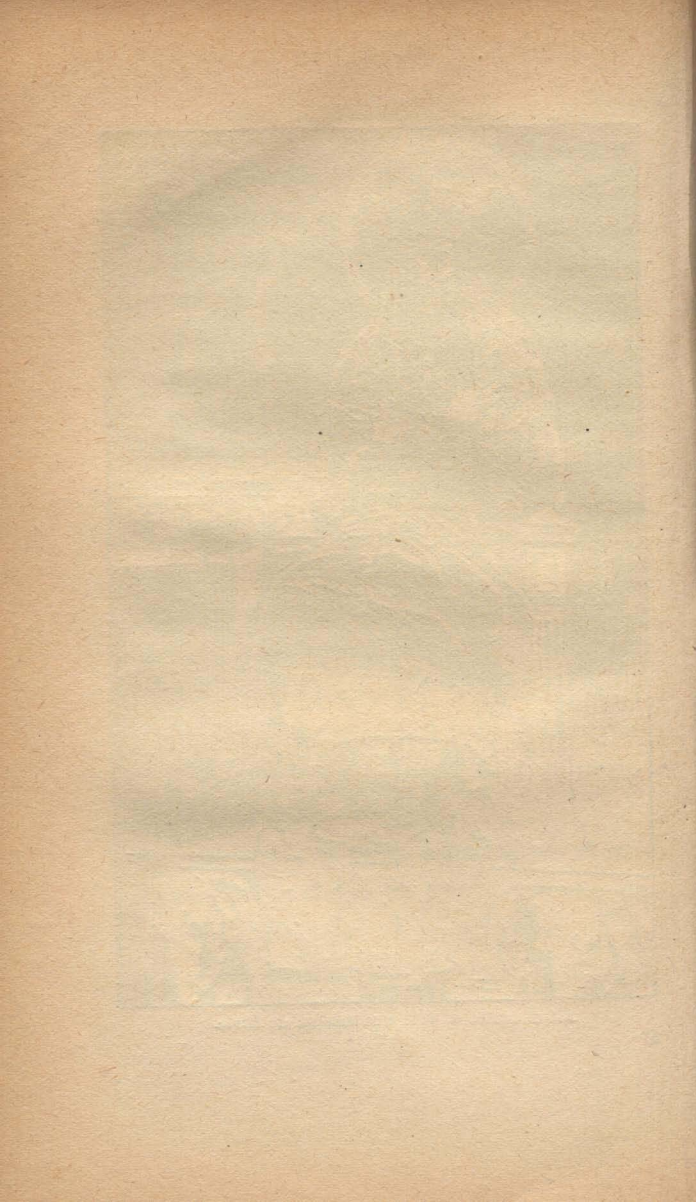
—¿Quién de estos será el prior del convento?—preguntó Rokoff en voz baja, mirándolos con curiosidad.

—Debe de ser el viejo, á juzgar por el respeto con que le tratan los demás...—respondió Fedor.

El viejo lama contempló durante algunos



En el centro se veía una estatua de Buda.



L O S H I J O S D E L A I R E

instantes á los dos europeos; después avanzó hacia ellos, y como Fedor había previsto, les hizo una profunda reverencia.

El ruso le contestó con otra, diciéndole en chino:

—¡Salud al jefe de los budistas del lago sagrado de Tengri-Noor!

El lama hizo salir á los otros monjes con un ademán, y, cogiendo de una mano á los extranjeros, les condujo á un pequeño diván, invitándoles á sentarse. Después dijo en lengua china:

—¡Salud y homenaje á los que han llegado á esta casa surcando los espacios como las águilas y desafiando las tempestades!

Reinó entre ellos un silencio tan prolongado como embarazoso, y después prosiguió el lama:

—¿Es el cielo quien os envía?

—Sí—respondió prontamente Fedor con calma imperturbable—. Hemos venido á vi-

sitar los conventos del lago Sagrado en nombre de las potencias celestiales

—¿Y por qué habéis descendido en medio de las aguas, en vez de hacerlo en el convento?

—Porque el espíritu del mal había desencadenado contra nosotros los vientos y las tormentas, para dificultarnos el cumplimiento de nuestra misión.

—Nosotros os vimos ayer tarde luchar contra los elementos. Ibais rodeados de una luz intensa y resplandeciente que cegaba. Era sin duda una luz celestial para guiaros en medio de las tinieblas.

—Es cierto—dijo Fedor—; pero el genio del mal parecía en aquellos momentos más fuerte que nosotros y .. ¡quién sabe adónde nos habría llevado si no nos hubiéramos dejado caer en medio de las olas del lago! ...

—No estabais solos ...

—No. Teníamos dos compañeros.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Y dónde están esos otros?

—Han ido á visitar los monasterios del Norte.

—¿Iréis también, después, á Lhasa?

—Debemos visitar al Dalai Lama—respondió Fedor—. Tenemos una alta misión que cumplir. Es preciso que la fe se reavive, que los hombres sean más virtuosos, que el número de peregrinos aumente y que las peregrinaciones sean más frecuentes...

—¡Basta, Fedor, por Dios!—dijo Rokoff, que nada comprendía—. Pídeles de cenar y un buen fuego para secarnos. Aquí hace más frío que en una nevera.

—Déjame, Rokoff. Es preciso que hable de cosas sagradas para justificar nuestra presencia aquí...

—Aplázalo para mejor ocasión, Fedor. ¡Mira que estamos muertos de hambre y de frío y calados hasta los huesos!

—Ten un poco de paciencia, Rokoff.

El lama, que los oía hablar sin entenderlos, dijo en cuanto se callaron, dirigiéndose á Fedor:

—¿Es que no habla chino vuestro compañero?

—No—le contestó Fedor—. Habla sólo la lengua de las lejanas regiones que tiene misión de visitar.

—¿Desea, por ventura, alguna cosa?

—Se lamenta de tener hambre y frío y de estar todavía mojado.

—Podíais haberlo dicho antes. Todo lo que tengo en mi monasterio está á vuestra disposición.

Diciendo esto se acercó á un *tam-tam* é hizo vibrar por dos veces el disco metálico. Entró un monje, inclinándose profundamente. Cambió con él algunas palabras el lama y después se volvió hacia los dos europeos, diciendo:

—Seguidle y se os dará cama, fuego y cena. Mientras tanto, yo aprovecharé el

L O S H I J O S D E L A I R E

tiempo que reposéis para advertir de vuestra llegada al *bogdo lama* del monasterio de Dorkia.

—Por lo visto no es éste el monasterio de Dorkia—pensó Fedor—. No falta sino que nos inviten á ir allá... Me contrariaría que el capitán no nos encontrarse aquí.

Se inclinaron al pasar frente á la estatua de Buda y siguieron al monje, que había recogido un farol. En la puerta de afuera les esperaban cinco monjes más, también con lámparas.

Recorrieron parte del corredor, subieron por una escalera de caracol que conducía directamente al piso superior y entraron en otra pieza más amplia que la primera, igualmente tapizada, iluminada y provista de una chimenea, en la que ardía un alegre fuego. En el centro había una mesa muy baja, y á su alrededor divanes comodísimos. Los seis monjes invitaron por señas á los europeos á sen-

tarse. Salieron en seguida y volvieron poco después, trayéndoles vasos y fuentes de plata cincelada y botellas de cuellos muy largos y de artísticas formas.

—¿Habrá en estos cacharros algo comestible?—preguntó Rokoff.

—De seguro—respondió Fedor.

—Si nos dejasen ahora solos estos monjes ó lo que sean... No conviene que vean que comemos como todo el mundo.

—Desde el momento que saben que comemos, ya supondrán que lo hacemos con los dientes, querido Rokoff... pero ya que tienes ese capricho les rogaré que se marchen, por más que no entienden una jota de chino.

Los monjes seguían trayendo vasos, platos y otros recipientes, con todo lo cual cubrían la mesa. Fedor, así que acabaron, les indicó la puerta con una mímica muy expresiva.

Fué comprendido en el acto, porque los monjes se marcharon después de hacer mil re-

L O S H I J O S D E L A I R E

verencias, no sin cierto estupor que no pasó inadvertido por el ruso.

—Probablemente tendrían orden de servirnos—dijo á Rokoff, que, para que no le molestasen, había arrimado un gran diván contra la puerta.

—Ya nos las arreglaremos nosotros—respondió el cosaco—. Esas caras adormecidas me hubieran hecho perder el apetito. ¿Sabes que son muy feos estos tibetanos, sobre todo cuando sacan la lengua? Tratemos ahora que estamos solos de secarnos un poco. Me parece que tengo pedazos de hielo dentro de la camisa.

Ya se disponía el cosaco á desnudarse, cuando el ruso le mostró algunas túnicas de fieltro gruesísimo, nuevas al parecer, que se calentaban junto al fuego de la chimenea.

—Las deben de haber traído para nosotros—dijo—. Quítate tus vestidos y ponte una túnica. Te sentará mejor.

—¿Y tú?

—Yo haré lo mismo. ¡Oye! Han puesto también aquí camisas de seda y botas... Estos simpáticos monjes lo han previsto absolutamente todo sin omitir detalle... Aquí veo también botas parecidas á las de los chinos...

—Entonces, quítate las tuyas, que chorrean agua por todas partes.

—Es por el hielo que se derrite. Pero oye, ¿qué figuras tendremos nosotros vestidos de monjes?

—Soberbias—dijo Fedor riendo—. Tú, con tu estatura y tu barba roja, resultarás majestuoso. Además, los trajes europeos no deben de inspirar mucha fe á los habitantes del país.

—¡Ah, es verdad! ¡Me había olvidado de que somos seres superiores!

—Si te he de ser franco, no sé á ciencia cierta qué posición ocupamos entre estas gen-

L O S H I J O S D E L A I R E

tes, pero debe de ser elevadísima, á juzgar por el respeto que nos demuestran.

—Pues seamos budistas—dijo Rokoff—. Después de todo, merece la pena.

Se calentó á la llama de la chimenea; vistió después una soberbia camisa de seda cruda, calzóse las medias y las botas y se plantó encima una túnica de las puestas á calentar, lanzando al final un hondo suspiro de satisfacción.

—¿Cómo estoy?—preguntó á Fedor, que hacía otro tanto.

—Estás muy bien. Se morirán de envidia todos los ламas del monasterio—dijo el ruso—. Tienes un aspecto imponente; harías un prior admirable.

—¡Hombre! ¡Me has dado una idea!

—¿Cuál?

—¿Y si les pidiésemos un monasterio?...

A unos seres superiores no creo que se lo negasen.

—Pensaremos en ello después de la cena.

—¡Mil rayos! Se me había olvidado que tengo el estómago vacío. Esperemos encontrar en alguno de estos recipientes algún pedazo de jack ó un pernil de oso.

—No sueñes con encontrar ni rastro de carne, mi querido amigo.

—¿Por qué? ¿Son quizá vegetarianos estos hombres? Porque si lo son, renuncio á ser prior de convento.

—¿Pero cómo quieres que monjes budistas, entregados á la vida contemplativa y á oraciones, mortificaciones y ayunos, coman chuletas de jack y perniles de oso? ¡Estás loco, Rokoff!

—¡Al diablo los monjes budistas y sus ayunos!; ¿y qué nos darán de comer?

—Veamos, Rokoff. Estos cacharros dejan escapar un tufillo que no me parece desagradable.

—Investiguemos lo que contienen.

Levantaron las tapaderas, metiendo las narices en quince ó veinte recipientes de plata,

LOS HIJOS DEL AIRE

convenciéndose el cosaco de que no existía la menor sombra de chuletas ni el mas débil rastro de carne asada. Sólo había una colección de salsas de todos los colores imaginables; descubrieron verduras y hierbas de varias especies, cocidas y revueltas en un potaje negro. En una gran fuente de plata se encontraron, no obstante, con un magnífico pez, que nadaba en cierta materia viscosa transparente.

—¿Y qué salsa será ésta?—preguntó Rokoff.

—Juzgo imposible saberlo. Probémos la, Rokoff.

—Pues no está mala, para mi gusto.

—Entonces comamos hasta que se caliente el agua del te.

El pez desapareció bien pronto, aunque pesaba lo menos cuatro kilos; poco á poco desaparecieron también las cremas de leche y las salsas.

Ocho ó diez tazas de te exquisito les sirvie-

ron de postre. La cena no fué tan mala como los dos europeos creyeran en un principio.

—Es lástima que no tenga mi pipa ni la bolsa del tabaco...—dijo Rokoff.

—Aquí no se hace uso del tabaco—respondió Fedor.

—Pues debieron habernos traído, por lo menos, algunas botellas de vino. .

—Aquí no se conoce el vino. Se bebe, sí, muchísimo aguardiente de cebada, que no sé por qué no los lo han traído. ¡Bah! Cuando venga el capitán, nos beberemos una botella de más.

—¿Quién sabe cuándo volverá? El viento debe de haberle arrastrado muy lejos... No podía resistir más...

—Y, gracias, si no se han roto también las alas, querido Rokoff.

Mejor hubiera sido. En tal caso no hubiese caído muy lejos. Sin embargo, sentiría que le ocurriese alguna desgracia á tan valeroso aeronauta.

—Yo no dudo de que haya podido llegar á las playas septentrionales y bajar á tierra—respondió Fedor—. Con máquina tan perfecta se puede desafiar impunemente cualquier huracán. Por eso estoy perfectamente tranquilo, y creo que en cuanto se calme este tiempo tan malo volverá á recogernos.

—¿Habrá visto el lugar donde hemos caído?

—Como á nosotros, el monasterio no le ha pasado inadvertido. Durmamos tranquilos, Rokoff, y esperemos á mañana. Este ambiente invita á cerrar los ojos.

—Sigo tu consejo—respondió el cosaco.

Tendiéronse sobre los divanes, cubriéndose con pesados fieltros, y cerraron los ojos, mientras los últimos tizones ardían en la chimenea.

Su sueño fué de cortísima duración. Un golpe de *tam-tam* que atronó la sala, les hizo incorporarse. Aunque pensaron al pronto que era ya de día, el no haberse consumido aún el tronco que había en la chimenea les demostró

que se habían engañado. Rokoff, algo sorprendido y malhumorado, retiró el diván y franqueó la puerta.

Los mismos seis monjes que salieran á su encuentro en la playa entraron, inclinándose ante ellos. Después les hicieron señas de que les siguieran.

—Empiezan á serme empalagosos estos monjes—dijo Rokoff—. Seria mejor que nos hubiesen dejado dormir hasta mañana. ¿Qué querrá decir todo esto?

—No sé una palabra. Si nos suplican que les sigamos, será porque nos espera alguna novedad.

—¿Nos querrán llevar otra vez á la presencia de aquella momia viviente?

—Ahora lo veremos, amigo Rokoff.

Siguieron á los monjes, que los esperaban en la galería, y fueron conducidos á la sala donde estaba la estatua de Buda. El anciano lama les esperaba rezando.

—Por lo visto—dijo Rokoff de mal humor

L O S H I J O S D E L A I R E

—estos monjes en vez de dormir se pasan la noche rezando...

El lama, al verlos entrar, se había incorporado. Después de una inclinación de cabeza dijo á Fedor:

—Preparáos á partir.

—¡A partir!—exclamó el ruso sorprendido—. ¿Y para dónde?

—Al monasterio de Dorkia.

—Pero, ¿para qué?

—El bogdo-lama de aquel convento desea veros

—Nosotros no somos siervos del lama de Dorkia—dijo Fedor con voz agria—. ¿Por qué no viene él aquí?

—Yo no puedo hacer otra cosa que obedecer—respondió el monje—. Es mi superior.

—Pues nosotros tenemos que esperar aquí á nuestros compañeros.

—Si vuelven, yo me encargo de decirles que estáis en el monasterio de Dorkia—respondió el lama.

—¿Nos lo prometéis?

—Os lo prometo.

—¿Y cómo vamos á ir á aquel convento.

—El bogdo-lama os ha enviado caballos con una escolta numerosa.

—Y quién le ha dicho que estábamos aquí?

—Por todas las riberas del lago se ha extendido la voz de vuestro paso, y habiéndolo sabido el bogdo-lama de Dorkia ha mandado mensajeros y escoltas á todos los conventos ordenando que en el caso de que los santos hombres se hubieran dignado descender sobre el Tengri-Noor, se les llevase á su presencia. No vaciléis; la escolta os espera.

Fedor tradujo á Rokoff el resultado de aquella conversación, no sin ocultarle sus sospechas.

—¿Y si nos resistiéramos?—preguntó el cosaco.

—Sería temerario, pues el lama de Dorkia es poderosísimo y pudiera recurrir á la fuerza.

LOS HIJOS DEL AIRE

¿Cómo podríamos resistir á todos sus guerreros, que ascienden, quizá, á algunos miles de hombres?

—¿Entonces . . . no nos queda otro recurso que obedecer? . . .

—Sin duda alguna, querido Rokoff.

—¡Ah, diablo! Me parece que esta aventura se enreda; no veo claro este asunto. Mucho me temo que se le antoje al lama de Dorkia retenernos como prisioneros.

—O hacer de nosotros «Budas vivientes»—dijo á su vez Fedor

—Con que, ¿en qué quedamos?—preguntó el viejo lama.

—Estamos dispuestos á seguir á la escolta—respondió el ruso—. Sin embargo, habríamos tenido mucho gusto en quedarnos con vosotros algunos días más.

—Y para mí hubiese sido un honor hospedar en mi monasterio á personas tan santas—repuso el monje con un suspiro—. En la

estación cálida, vuestra presencia hubiese atraído á multitud de peregrinos á mi monasterio.

Acompañó á los dos europeos hasta la puerta del monasterio, en cuya escalinata les esperaban muchos monjes con faroles, y después les dijo:

—Espero tornar á veros pronto; ¡que las potencias celestiales velen por vosotros y os acompañen!

—Os prometemos volver—respondió Fedor—. No nos olvidéis y tened la bondad de advertir á nuestros compañeros y hermanos, cuando lleguen, que se nos ha conducido á Dorkia.

—Serán mis huéspedes.

La escolta se componía de cincuenta hombres de aspecto de bandidos, con amplios vestidos de fieltro y armados de largos mosquetones de mecha y de anchas cimitarras. Montaban en pequeños caballos de grupas velludas

L O S H I J O S D E L A I R E

y de patas secas como las de los ciervos; animales fuertes, sin duda, que debían de estar acostumbrados á los agrios senderos de aquellas horribles montañas y á los fríos glaciales de las mesetas. Dos de aquellos caballejos, de mejor aspecto que los otros, con mantos blancos y gualdrapas rojas que les caían hasta la mitad de las patas, y con las crines adornadas de cintas, esperaban á los dos aeronautas.

El que mandaba la escolta, un montañés de imponente aspecto con una barba que le llegaba hasta la cintura y que iba vestido con el traje pintoresco del país, se adelantó hasta Fedor y Rokoff, y después de hacerles tres reverencias, dijo en chino:

—Recibid desde ahora el saludo del poderoso bogdo-lama de Dorkia, el cual tendrá un señalado honor en recibiros y hospedaros.

Después los condujo hasta los caballos, invitándoles á montar. Mientras tanto, varios de aquellos soldados habían encendido peque-

ños faroles chinos, colgándolos de los cañones de sus mosquetones.

—Decididamente tenemos que representar el papel de seres celestiales—dijo Rokoff, acomodándose en la ancha y dura silla de su caballo.

La escolta se puso en movimiento; diez de los que la componían cabalgaban delante de los europeos; los restantes detrás, formados en dos filas. La noche era horrible; el huracán no había cesado. Un viento fortísimo que hacía tiritar hasta á los caballos, no obstante sus peludas mantas, soplabá de las montañas vecinas, atravesando los desfiladeros con rugidos espantosos que se oían al mismo tiempo que el estruendo de los aludes, que allá de las lejanas alturas desprendían las ráfagas en los ventisqueros.

El lago que bordeaba el sendero por donde iban tenía un aspecto imponente. Montañas de agua se estrellaban en las peñas de la ribera con atronador estruendo, lanzando rocia-

L O S H I J O S D E L A I R E

das de espuma hasta las caras de los viajeros. Sin embargo, los relámpagos habían cesado. Sólo el trueno dejaba de cuando en cuando oír su poderosa voz.

—Hermosa noche para hacer un viajecito— dijo Rokoff, que trataba de embozarse á cada momento en los pliegues de su manto—. Me parece que este viento acabará por llevársenos la piel pedazo á pedazo.

Bien hubiera podido el bogdo-lama esperar á mañana para hacernos emprender este viaje. ¿Tendrá miedo de que nos escapemos?

—Yo me sospecho, por el contrario, alguna otra cosa . . .

—¿Qué, pues?

—Que haya temido que nos escondiese el lama que nos ha hospedado y que hiciera correr la voz de que nos habíamos marchado por el aire . . .

—¿Es que estos monjes tendrán la pretensión de que nos constituyamos en sus eternos prisioneros? . . .

—Lo temo, queridísimo Rokoff. ¡Poco orgullosos que estarán al encontrarse poseedores de dos seres celestiales como nosotros! Es muy cierto que tienen otros más; pero no han bajado del cielo ni se les ha visto montados en un pájaro como á nosotros.

—¿Y tú crees que nos debemos dejar secuestrar tranquilamente?

—Por el momento, conviene que nos conformemos con las circunstancias y pongamos buena cara al mal tiempo.

—Yo me insubordinaré—dijo Rokoff.

—Déjate de tonterías, Rokoff. Si abrigasen la menor sospecha de que somos europeos, no sabes tú bien la serie de tormentos horribles que nos harían sufrir. Mantengámonos dóciles y tranquilos y esperemos con paciencia el regreso del capitán.

—¿Y qué es lo que puede hacer él, si el lama se empeña en tenernos prisioneros?

—Dispone de medios poderosísimos para



Tan endiablada carrera entre abismos y barrancos, amenizada por los rugidos del agua, de una parte, y el viento de otra, duró tres horas largas.

L O S H I J O S D E L A I R E

todo, con su aire líquido. Ya lo has visto en otras muchas ocasiones.

—¿Y si hubiese muerto?

Fedor no se atrevió á responder.

La cabalgata seguía, mientras tanto, costeando el lago y avanzando rápidamente. El camino era horrible; lleno de baches y lodazales. Bordeaba constantemente abismos espantosos, en cuyo fondo rugían, al romper, las olas del Tengri-Noor. Los caballejos volaban, sorteando ó saltando con ligereza y habilidad extraordinaria todos aquellos obstáculos. No detenían ni refrenaban su carrera ni aun en los parajes en que el sendero se estrechaba notablemente, haciéndolos marchar en fila de á uno.

¡Qué jinetes más soberbios eran aquellos tibetanos! Parecían formar un solo cuerpo con los caballos y no vacilaban jamás, aunque marchasen al borde de los precipicios ó hubiesen de saltar por encima de verdaderas trincheras de nieve y arena.

E M I L I O S A L G A R I

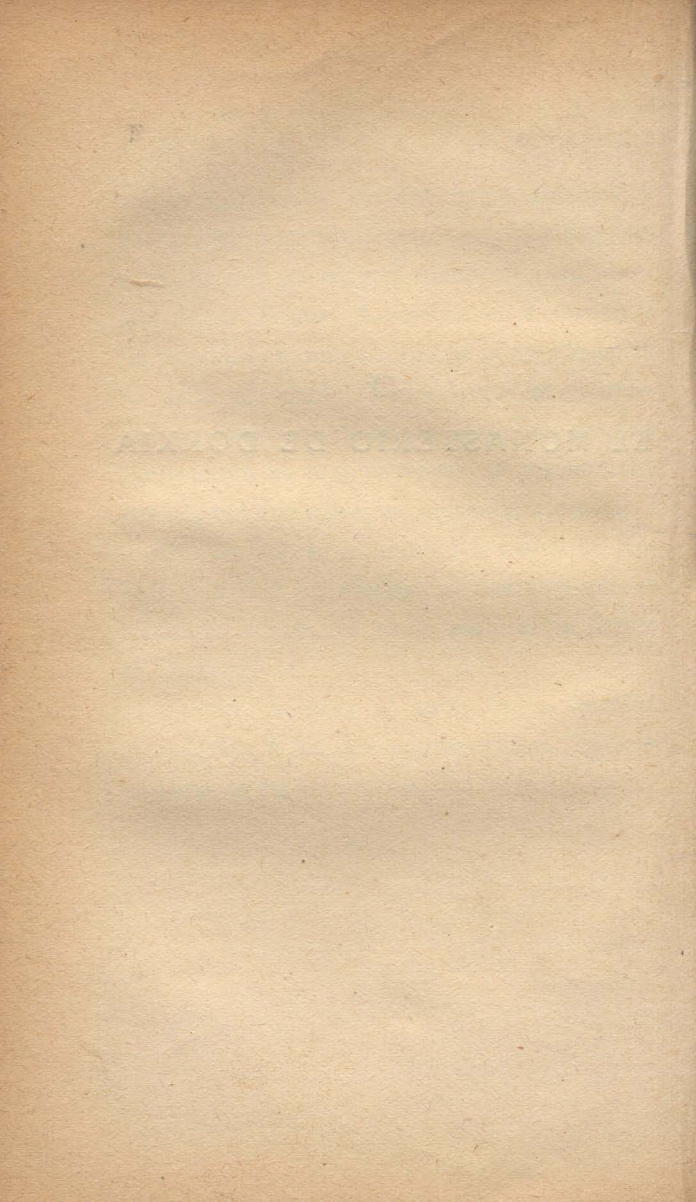
¡Tan endiablada carrera entre abismos y barrancos, amenizada por los rugidos del agua, de una parte, y el viento de otra, duró tres horas largas. Comenzaban á disiparse las tinieblas cuando el cabo de la escolta lanzó un grito estridente. Los caballos se detuvieron un momento cubiertos de sudor; después continuaron su paso á través de un estrecho puente, tendido sobre un profundo abismo.

Al otro lado se presentó á los ojos de Rokoff y Fedor un edificio majestuoso que se levantaba sobre una vasta plataforma frente al Tengri-Noor.

—¡Dorkia!—dijo el cabo de la escolta, acercándose á los dos extranjeros—. El bogdo-lama os espera...

III

EL MONASTERIO DE DORKIA



Como ya hemos dicho, el monasterio de Dorkia es el más célebre de todos los que asientan sus cimientos en las colinas y promontorios circundantes del lago Sagrado, por ser la sede de un bogdo-lama, ó sea, de una especie de pontífice que lleva el título de *Perla de los sabios*; tan poderoso casi como el llamado Dalai-lama, que reside en el famoso monasterio de Tascilumpo.

Estos dos pontífices son los custodios de la religión, y, por consiguiente, venerados por su profunda ciencia; pero no tienen sino un poder limitado, que les es concedido por el gran Lama, cuyo nombre significa *Perla de los vencedores y de los reyes*.

El Dalai-lama de Tascilumpo es, indudablemente, más venerado y más poderoso que el

bogdo-lama de Dorkia; lo que no quita que éste goce de gran fama, dominando en la región en que se encuentra el famoso lago Sagrado

El monasterio que Fedor y Rokoff tenían á la vista era muy digno de su fama. Constituía un conjunto enorme de edificios con un templo de cuatro pisos en el centro, coronado por una cúpula colosal, cubierta de hojas de oro y sostenida por gran número de columnas doradas. Rodeábanlo extensas terrazas, á su vez rodeadas de balaustradas de piedra, donde ya un considerable número de monjes esperaban la llegada de los dos seres celestiales. Lo menos eran un centenar, revestidos de largas túnicas de fieltro blanco y negro, que el viento, que seguía siendo muy fuerte, hacía flamear, produciendo un efecto fantástico.

Los *tam-tam*, colgados en diversos puntos del monasterio, tocaban ruidosamente, gol-

L O S H I J O S D E L A I R E

peados con furor por sus enormes martillos, que repartían los ecos de sus vibraciones por los ámbitos de las montañas vecinas, que cerraban el horizonte con sus picachos abruptos cubiertos de nieves y hielos.

El cabo de la escolta se había detenido frente á una inmensa escalinata que conducía á un vasto edificio de estilo chino con doble techumbre, que remataban en los ángulos agudas puntas, adornadas de cascabeles, que el viento agitaba.

Fedor y Rokoff, asombrados de la magnificencia de aquel monasterio, se habían decidido á descender de sus caballos y subir las gradas de la escalinata, pasando entre las dos filas de monjes, que les hacían profundas reverencias.

Ante la puerta del edificio, y rodeado por otros monjes, un hombre de barba negra larguísima, que le llegaba hasta la mitad del pecho, cubierto por una amplia túnica roja y llevando colgado del cuello un collar de cuen-

tas de oro, parecía esperarlos, para darles la bienvenida.

—¿Será el prior del monasterio?—preguntó Rokoff, que se sentía convulso de la sorpresa que le causaba aquel recibimiento, nunca por él imaginado.

—Es la *Perla de los sabios*, el bogdo-lama —respondió Fedor.

—Cómo nos recibirá? Siento una especie de malestar, que pudiera confundirse con el miedo. ¡Si adivinase que somos europeos!...

—¡Cállate, Rokoff! Que me dan escalofríos sólo de pensarlo.

—No pierdas la serenidad para habértelas con esa *Perla famosa de los sabios*. Si yo supiera hablar chino, le dirigiría un discurso capaz de hacer llorar á las piedras, pero...

—¡Callate!

Habían llegado á lo alto de la escalinata.

—Haz lo que yo haga—dijo Fedor rápidamente.

L O S H I J O S D E L A I R E

El bogdo-lama y los dos europeos se miraron fijos durante algunos instantes en silencio; por fin, el gran sacerdote avanzó algunos pasos, inclinándose ceremoniosamente.

Fedor le contestó con otra reverencia, que al punto imitó Rokoff. El lama asió después á los dos por las manos y los introdujo en el templo, deteniéndose frente á una gigantesca estatua de Buda, semejante á la que ya habían visto en el otro monasterio y pronunciando palabras que ni Fedor ni Rokoff entendieron.

Hecho esto los condujo á través de una galería, cuyas paredes estaban cubiertas de biombos recamados de seda y oro de una finura y de una belleza maravillosa, y entró en una sala inmensa, iluminada por una especie de lucerna de talco y circundada por divanes de seda azul y blanca, recamada de plata. Las paredes estaban cubiertas de adornos de procedencia china, y el pavimento de alfombras

de Cachemira de todos los colores imaginables.

Todos los monjes se habían detenido á la puerta sin cesar de hacer reverencias y salmodiando á media voz cánticos y plegarias.

Fedor y Rokoff, aunque hiciesen esfuerzos sobrehumanos para parecer tranquilos, sentían que el corazón y las piernas les temblaban, y preguntábanse con cierto terror cómo se las iban á componer para sostener su papel de seres superiores en presencia del lama *Perla de los sabios*. Se miraban el uno al otro con ojos de estupor, maldiciendo en su fuero interno aquel huracán que les había precipitado en un lago sagrado, en vez de llevarlos á un lago desierto. El lama dejó que los monjes desfilaran por delante de la puerta é hizo sentar después á los dos europeos en un diván, pronunciando al mismo tiempo algunas palabras que Fedor no pudo com-

L O S H I J O S D E L A I R E

prender. No recibiendo respuesta, el lama hizo un gesto de sorpresa. Y, en efecto; tenía razón para admirarse de que aquellos seres superiores no supiesen el tibetano.

Por fortuna, Fedor no había perdido del todo su aplomo. Comprendiendo que se iba á traicionar á sí mismo, jugó audazmente el todo por el todo.

—La *Perla de los sabios* nos habla en una lengua que nosotros no comprendemos—dijo en chino—. No debe admirarse, porque nosotros teníamos la misión de visitar á los budistas de la Mongolia y no á los del Tibet. El que debía venir aquí no ha llegado aún.

—¿Y por qué habéis llegado hasta aquí?—preguntó el bogdo-lama en igual idioma.

—Queríamos venir á ver el lago Sagrado y recrearnos en sus aguas antes de regresar á la Mongolia.

—¿Habéis atravesado el aire en un enorme pájaro, verdad?

—Sí—respondió Fedor. Un pájaro enorme.

—Me hubiese gustado verlo—dijo la *Perla de los sabios*—. Me han contado maravillas de él; me han dicho que giraba sobre la tormenta, dejando tras sí una estela de fuego. ¿Vendrá aquí?

—Lo esperamos.

—¿Y traerá al sér divino encargado de quedarse entre nosotros?

—Nuestro hermano vendrá. Es preciso que nuestra religión tome incremento y se extienda por todo el mundo.

Somos muchísimos y tenemos monasterios en la India, en China, en Siam y hasta en la Birmania y en el Turkestán—contestó el lama.

—Pero aún es preciso que haya más.

—Yo os prometo que construiremos otros y enviaremos monjes á las otras regiones para que hagan misiones y conquisten nuevos prosélitos.

LOS HIJOS DEL AIRE

—¡Por Dios!—exclamó Rokoff, que se impacientaba y que estaba cayéndose de sueño—. No podrías ver el modo de que descansáramos?

—Vuestro compañero habla en otra lengua—exclamó el lama—. No va á la Mongolia, ¿verdad?

—No—respondió rápidamente Fedor—. Está destinado á las tribus de los kalmukos y cherkeses, que no observan la religión budista muy rigurosamente. Por eso no habla el chino.

—Y el cuarto de vuestros hermanos, ¿á dónde irá?

—A la Siberia.

—Un país que jamás oí nombrar. Pero el mundo es tan vasto...

—Es que vosotros no salís nunca de los límites del Tibet.

Guardaron silencio por unos instantes, durante los cuales miraba el lama á Fedor y Ro-

koff con aire embarazado. Parecía quererles hacer una pregunta, sin atreverse.

—Fedor—dijo Rokoff á media voz—, ponte en guardia. Me parece que este monje tiene en la cabeza alguna idea peligrosa. Ten cuidado, no vaya á cogerte de sorpresa .

—Me he dado cuenta yo también —respondió el ruso.

El lama, después de mover varias veces la cabeza y de acariciarse la barba, dijo con cierta timidez:

—Quisiera dirígiros una súplica.

—Hablad — respondió Fedor, quien barruntando cierto peligro, sentía que le temblaban las carnes.

—La voz de vuestra llegada debe de haberse extendido por todo el contorno y por todas las riberas del Tengri-Noor, y mañana acudirán en masa los peregrinos para veros.

—No tenemos inconveniente en presentar-

L O S H I J O S D E L A I R E

nos á las turbas de fieles—respondió Fedor, creyendo que todo se limitaría á aquel deseo.

—Nuestro monasterio organizará una gran ceremonia religiosa para festejar vuestra visita.

—¡Diablo! ¿Adónde irá éste á parar?—pensó Fedor.

—Yo quisiera suplicaros que nos deis una conferencia para inspirar celo y unción á nuestros peregrinos. Esto sería un éxito para nuestro monasterio.

Fedor tenía sudores fríos.

—¿Has comprendido algo?—preguntó á Rokoff.

—Nada, en absoluto—respondió éste.

—Me pide que pronuncie un discurso.

—¿Encuentras difícil hacerlo?

—No conozco más que de una manera vaga la religión budista. ¿Qué puedo decirles? El trance es difícilísimo.

—¿Y cómo te las vas á arreglar? Si te niegas, Dios sabe lo que nos puede ocurrir. Al menos consiente, por ahora, á fin de ganar un poco de tiempo. Después, veremos.

—Procuraré complaceros—contestó con cierta timidez Fedor, dirigiéndose al lama.

—¡Qué honor para nuestro monasterio!

El lama suspiró con fuerza, mirando á Fedor.

—Se prepara á darte el segundo ataque—dijo Rokoff—. Le veo venir. Prepara tu defensa, Fedor.

—Puedes prepararla tú también esta vez...

—Yo no sé hablar chino; apenas hablo más que el kalmuko—respondió el cosaco, que se reía por debajo de los bigotes.

—¡Ah! Si quisierais...—dijo finalmente el lama con otro suspiro más largo que el primero—. ¡Qué honor para nuestro monasterio!...

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Qué queréis decirme?—murmuró el pobre ruso, cuyas inquietudes aumentaban.

—¡Quedáos siempre conmigo!—dijo el lama—. Haremos de vosotros dos Budas vivientes.

—No es posible—exclamó Fedor espantado.

—¿Por qué?

—Se nos espera en Mongolia y en Siberia.

—Los mongoles y siberianos se podrán pasar sin vosotros—respondió el lama con cierta dureza que desconcertó á Fedor—. La verdadera religión budista está aquí y no entre aquellos salvajes. Aquí es donde se observa más rigurosamente: en el Tengri-Noor.

—Lo que pretendéis no sera nunca posible—respondió el ruso con voz decidida.—Debemos cumplir nuestra misión.

—¿Y si los montañeses opusieran resistencia á vuestra partida? Yo no podría impedirlo porque carezco de autoridad...

—¿Vos? ¿Un bogdo-lama? ¿Un pontífice de la religión, al cual todos deben obediencia?—preguntó Fedor admirado.

—Son muchos y, cuando quieren una cosa no puede con ellos nadie. Pensad que carezco de fuerzas para oponerme á ellos...

—Amenazadles con la excomunión.

Una sonrisa de incredulidad apuntó en los labios del lama.

—Veremos—dijo después.—Espero que no lleguen las cosas á tal punto. Pero en verdad os digo que me enorgullecería tener en las riberas del lago Sagrado á dos Budas vivientes.

Se levantó.

—Estaréis cansados—dijo.

—Mucho—respondió Fedor, que no deseaba otra cosa sino descansar y, sobre todo, cortar un diálogo que iba haciéndose cada vez más embarazoso.

—Seréis mis huéspedes y se os tratará con toda clase de honores y atenciones.

L O S H I J O S D E L A I R E

El lama se acercó á una mesa y golpeó una campanilla de plata.

Cuatro monjes que debian de haberse quedado fuera en espera de órdenes, entraron. El lama les dirigió algunas palabras y se inclinó después ceremoniosamente ante los dos europeos, haciéndoles seña para que siguieran á los religiosos.

—¿Estamos al fin libres?—preguntó Rokoff.

—Cuanto pueden estarlo dos Budas vivientes—respondió Fedor, enjugando el sudor que le mojaba la frente.

—¿Dos Budas vivientes? ¿Qué dices, Fedor?

—Cállate por ahora.

Devolvieron al pontífice de Dorkia su saludo y salieron precedidos de cuatro monjes, que iban murmurando oraciones incomprensibles.

Recorrieron algunos corredores adornados de maravillosos tapices; subieron unas esca-

leras y, finalmente, fueron introducidos en una sala inmensa, con las paredes tapizadas de seda amarilla cubierta de inscripciones tibetanas, amueblada con divanes de igual género de tapicería y con la techumbre de talco, en forma de cúpula, lo cual permitía que en aquel recinto entrase una débil claridad.

A la extremidad se abrían dos puertas que comunicaban con otras habitaciones. Un dulce calor templaba el ambiente, no obstante lo vasto de la pieza.

—Este es vuestro departamento—dijo uno de los cuatro monjes en lengua china. Todo aquello que podéis desear se os traerá; basta con que hagáis sonar el gong suspendido al lado de la puerta.

—¡Hermosa prisión!—exclamó Fedor dirigiéndose á Rokoff, mientras los monjes salían.

—¡Una prisión!—exclamó el cosaco—. ¡Cómo! ¿Estos bárbaros se atreven á encar-

L O S H I J O S D E L A I R E

celar á dos seres superiores bajados del cielo?

—Harán más, queridísimo Rokoff.

—¿Qué quieres decirme?

—Qué estamos á punto de convertirnos en Budas vivientes.

—Me dejas lo mismo que estaba.

—¿No has oído hablar nunca de los Budas vivientes?

—En absoluto. Me explicarás eso después de cenar. Los aires del lago me han despertado un apetito endiablado.

—¿Te burlas?

—¿Es que quieres que me ponga á llorar?

—Pues la cosa no es para menos...

—No veo qué peligro pueda haber en que nos hagan Budas vivientes.

—Es que tú no sabes lo que son los Budas...

—Supongo que serán personas que vivan,

coman y beban como el resto de los mortales.

—Si no los ahorcan..

—¿También? ¿Quieres quitarme el apetito?

—No tengo ningún interés. Y además, ¿cómo me las voy á arreglar para predicar á los fieles? ¡Yo, que tampoco conozco la religión de esta gente budista! Será una verdadera catástrofe...

—¿Te figuras, Fedor, que ese monje barbudo ha creído ciegamente las cosas que le has dicho? Yo no las sé, pero supongo que habrán sido maravillosas é inverosímiles...

—Tengo mis dudas, Rokoff; pero como aunque no las haya creído tiene interés, ó creo que lo tendrá, en presentarnos como seres divinos á los fieles, fingirá que nos cree.

—¿Y podrá infundir esa misma confianza en los fieles, crees tú?

—¡Bah!; los fieles tienen buenas tragaderas, Rokoff...

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Y cómo vas á componértelas para ese sermón?

--No lo sé, Rokoff.

—Pero dime ante todo, ¿quién es ese señor Buda?

—Por lo que tengo entendido, fué un príncipe que vivió hacia el siglo VII ú VIII antes de Nuestra Era, el cual abandonó la corte de su padre para dedicirse á la meditación y á la predicación de sus doctrinas.

—¿Y qué doctrinas son esas?

—Así, á grandes rasgos, puedo decirte que consisten en la humildad, el desprecio de las riquezas y de las cosas de este mundo, la abnegación, la caridad, el amor al prójimo y hasta á los animales...

—Pues con predicarles la doctrina cristiana, estás del otro lado; ¿cómo siendo tú tan listo no se te ha ocurrido, Fedor?

—Ya lo he pensado, Rokoff; pero como comprenderás no estoy al tanto de pormeno-

E M I L I O S A L G A R I

res sobre el dogma y puedo facilísimamente dar un batacazo, y la cosa podría ser gravísima... La única esperanza que tengo es que, hablando en chino, serán poquísimos los que me entiendan... En fin, allá veremos...

—Entretanto es preciso que cenemos, ¿no te parece?—dijo Rokoff levantándose y dando varios golpes en el gong.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

IV

LOS BUDAS VIVIENTES

Los tibetanos, como todos los budistas y brahmanistas de la India, el Imperio chino, la Mongolia y el Turkestán, creen en la transmigration de las almas, ó sea la metempsícosis.

Para ellos la muerte no tiene nada de espantosa, pues no es, á su juicio, otra cosa que un cambio de vida. El hombre bueno, volverá pronto á vivir sobre la tierra bajo la forma de otro individuo más perfecto; el malo, revestirá, por el contrario, la forma de un animal, sea la de buey, asno, oso, insecto, gusano, mosquito ó escarabajo, según la magnitud de sus culpas.

De esta extraña creencia se han derivado los llamados Budas vivientes, personajes conspicuos que, sin embargo, desaparecen á lo me-

jor, por obra y gracia de los celos de un Gran Lama, estrangulados por un lazo de seda sabiamente tendido en torno al sagrado pescuezo, por un budista designado de antemano y muy bien remunerado.

El Tibet es el país de estos Budas que mueren y resucitan con una facilidad verdaderamente extraordinaria.

Dos pontífices, el uno más poderoso que el otro, se reparten el poder religioso de tan incomprensible país encerrado misteriosamente entre las más altas planicies y montañas del mundo entero: el Gran Lama y el Dalai-Lama.

El primero, que se llama como ya dijimos, la Perla de los Sabios, es el protector del Tibet y el custodio de la religión; el segundo no es más que un pontífice de orden inferior, pero que goza de la veneración de todos por su profunda sabiduría.

Entre estos dos, existe otro, que es el regente, el cual ejerce los poderes civil y potí-

L O S H I J O S D E L A I R E

tico, ayudado por cuatro ministros, personajes peligrosísimos por ser los encargados de hacer desaparecer á uno ú otro cuando creen que estorba ó cuando, por sus conveniencias, juzgan necesario renovar el personal elevado.

El Delai-Lama y el Gran Lama, representan para los tibetanos dos verdaderas encarnaciones del Buda. En el fondo no son más que dos divinidades, dos verdaderos Budas vivientes. Para el regente y los demás monjes, en cambio, no son más que dos mortales como cualesquiera otros, destinados y condenados á desaparecer en un plazo más ó menos lejano.

Los tibetanos, por regla general, viven muchos años, pero los Budas vivientes rara vez alcanzan la edad de veinte años. Parece que, un Buda demasiado hombre, no place á los gobernantes, tal vez por temor á que abuse de su elevada posición y les cause algún contratiempo. Cuando muere uno de ellos por muerte natural ó violenta, los monjes se apre-

suran á buscar otro que lo sustituya, empresa bastante difícil, porque el Buda que cesa de vivir no tiene costumbre de designar quién es el joven al cual va á traspasar su alma. Pasado algún tiempo, se descubre milagrosamente al muchacho sucesor, y entonces se le lleva en triunfo á Lhasa ó á cualquier otro monasterio de la región, en el cual «recobra», sin más formalidades, el puesto que antes ocupaba. Si se ha de creer á los monjes, ninguno duda de que «el nuevo socio» sea verdaderamente el mismo que murió, resucitado después por obra y gracia de la virtud divina. Dicen que se manifiesta inmediatamente por una inteligencia extraordinaria que le permite reconocer desde el primer momento los objetos que más familiares le eran antes y las personas que en mayor grado gozaron de sus simpatías. ¿Qué más? Se dice que recuerda hasta ciertas anécdotas de su vida anterior.

L O S H I J O S D E L A I R E

No hay duda alguna de que los monjes, por cubrir de una manera digna el expediente, tratan de buscar los chicos más listos, de modo que puedan representar á la perfección su papel; además, los instruyen maravillosamente, á fin de que, á la edad de cinco años, estén en condiciones de sostener un examen público para disipar las dudas que acerca de su identidad puedan originarse; examen que se verifica con una ceremonia pomposa en el monasterio de Terpaling ó en el de Tascilumpo, en presencia de las más altas autoridades, de las tropas de Lhasa y de un embajador extraordinario del emperador de China.

Al nuevo Buda se le interroga acerca de algunas circunstancias de su pasada vida; debe reconocer todos los objetos que han pertenecido al lama difunto, esto es, á sí mismo, y señalar los libros y utensilios y vestidos de que en su vida pasada se sirvió.

Un diplomático inglés—sir Turner—que pudo asistir á uno de estos exámenes, quedó tan sumamente maravillado de la viveza y exactitud de las respuestas del pequeño lama, que estuvo á punto de creer á pies juntillas en que el alma del Buda difunto había pasado al cuerpo del muchacho.

Sin embargo, la existencia que llevan estos Budas no es muy alegre. Recluidos en los más célebres monasterios, de cuyos recintos no pueden salir, transcurren sus vidas entre plegarias, oraciones, tazas de te y vasitos de aguardiente caliente, en medio de un aburrimiento desesperante, hasta que un día, cuando menos lo esperan, por un mandato del regente de Lhasa ó de la Mongolia, entra un favorito de incógnito, rodea su cuello con una lazada de seda y le manda á reunirse con el Gran Buda nuevamente.

Esto no es nada malo, sin embargo, pues les consta que volverán á ocupar el cargo des-

L O S H I J O S D E L A I R E

pués de algún tiempo, más rejuvenecidos. Nadie llora; antes al contrario, eso sirve de pretexto para dar grandes fiestas. Se consulta á los adivinos, se estudia la dirección de los vientos, se interroga á las estrellas y se hacen sacrificios y se celebran cultos para averiguar el lugar en que se encuentra el Buda sucesor; después se organiza una caravana, para ir en su busca.

Después de algún tiempo, vuelven conduciendo al sucesor. Se celebran nuevas fiestas, acuden tropas de todas partes, vienen nuevos embajadores de la China y los Budas recuperan, ¡dichosos ellos!, sus puestos de nuevo, en espera de hacer un nuevo viaje al otro mundo ...

Al oir Rokoff todas estas explicaciones que Fedor le daba acerca de los Budas vivientes, había perdido gran parte de su apetito y no

se había atrevido á tocar los delicadísimos manjares que los monjes habían llevado en tan gran cantidad, que con ellos había para alimentar á veinte personas. Sólo se animó á beber un vaso de aguardiente templado para recuperar energías y coraje. Tan pronto se sentía morir de frío como sudaba el buen cosaco, no obstante sus frecuentes libaciones y el dulce ambiente que reinaba en la sala. El trágico fin de todos aquellos pobres Budas vivientes le había helado la sangre en las venas.

—¿Es verdaderamente cierto todo eso que me has contado?—preguntó finalmente, mirando á Fedor. ¿O es que has querido cortarme la digestión apenas comenzada?

—Completamente cierto, Rokoff—respondió el ruso.—Todas estas noticias, referentes á los Dalais Lamas del Tibet y á los Kutuska de la Mongolia, que no son otra cosa que Budas vivientes, me las ha dado un funciona-

L O S H I J O S D E L A I R E

rio chino que tomó parte en una embajada que se envió á Lhasa para que asistiera á un examen público.

—Pero nosotros no somos chiquillos, Fedor.

—¿Y qué importa? ¿Es que no hemos bajado del cielo? ¿No nos han visto los habitantes de este país surcar el aire montados en un pajarraco monstruoso? Estas son pruebas demasiado evidentes de nuestra procedencia divina. Los pequeños Budas vivientes, con toda su potencia y sabiduría, no fueron capaces nunca de hacer otro tanto. ¿Quién osará dudar ahora que nosotros somos seres celestiales?

—¿Y si tú explicases al Bogdo-Lama la verdad? ¿Que aquel gran pájaro no es sino una máquina voladora inventada por nosotros, y que nos hemos caído al lago por desgracia y no por nuestra voluntad? Yo creo que de este modo conseguiríamos quitarle á este

monje de la cabeza la idea de hacer de nosotros Budas vivientes.

—No nos creería, ó tingiría no creernos.

—Dille que somos europeos.

—Nos desmentiría. Además, ¿no crees tú que ya lo sospecha? Me figuro que sabe más de lo que parece.

—Entonces, ¿por qué no nos suelta?

—Porque haciéndonos pasar por seres de procedencia divina, tiene muchísimo que ganar.

—Si te comprendo, que me parta un rayo.

—Todos los priores de los monasterios tienen sus envidias entre ellos. El acaso nos hizo caer en manos del prior de Dorkia, que debe de ser, sin duda, enemigo del de Tascilumpo y del Bogdo-Lama de Terpaling, los cuales son, ó se hacen pasar por Budas vivientes. ¿Cómo quieres tú que éste no se aproveche de las circunstancias extraordinarias y del entusiasmo religioso de que está poseída la

población del Lago Santo, para decir que él también tiene Budas que hablan y comen? Nosotros somos personas superiores á las demás; y con nuestra presencia haremos que vengan aquí todos los peregrinos que antes iban á los otros monasterios. Representamos para estos monjes una porción de millones. ¡No son tontos estos monjes!

—¿Y tú quieres que nos prestemos á favorecer sus intereses?

—Por ahora sí, querido Rokoff.

—¿Y nos convertirán en Budas vivientes?

—No nos cabe otra solución.

—¿Y nos dejaremos después estrangular, aunque sea con un lazo de seda?

—No tendrán prisa, á menos que no intervenga el Gran Lama, ó lo que es peor, el regente.

—¡Por las estepas del Don! ¡En buen lío nos hemos metido! Fedor, amigo mío: yo te lo ruego. ¡Tomemos las de Villadiego!

—Eso quisiera yo también; pero no veo manera... En este monasterio hay algunos centenares de monjes y además está rodeado por el pueblo y... ¿quién sabe cómo estaremos vigilados? Además. ¿Dónde tenemos armas para defendernos? No tenemos ni un mísero cuchillo ...

Rokoff dió un puñetazo tan formidable sobre la mesa, que hizo bailar toda la vajilla de plata que sostenía. Al oír aquel estrépito se abrió la puerta bruscamente y en su dintel aparecieron los cuatro monjes que, sin duda, tenían orden de vigilarlos.

—¡Marchaos al infierno!—gritó Rokoff con voz congestionada. señalándoles la salida con la mano derecha.

Los monjes, comprendiéndole, más por el acto que por la palabra, se inclinaron profundamente y salieron.

—¿Has visto cómo nos vigilan?—preguntó Fedor.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Dime sinceramente, Fedor: ¿qué es lo que esperas?

—La venida del capitán.

—¿Todavía?

—No nos abandonará.

—Puede creernos ahogados.

—Pues vendrá á buscar nuestros cadáveres.

—¿Y si hubiese muerto él también? ¿Qué es lo que podríamos hacer? ¿Has pensado en ello?

—No quiero creerlo.

—Pues supóntelo por un momento.

—Entonces ... pensaríamos en la fuga.

—¿Y mientras tanto?

—Me ocuparé en preparar el sermón.

—Pues yo prefiero acostarme; no me ocupé jamás del budismo, ni sabría de qué hablar. ¿Qué vas tú á decir?

—No lo sé todavía. Lo pensaré.

—Entonces inspírate con un sorbo de aguardiente ...

—Consejo de cosaco...—exclamó Fedor sonriendo.

—Entonces bebe agua. Yo me voy á dormir. Pero primero haré una inspección en nuestro departamento, y si encuentro una salida te prometo largarme.

El cosaco vació de nuevo su vaso de aguardiente y se marchó por una de las puertas que se abrían á la extremidad de la sala.

Se encontró en un corredor altísimo, que recibía un poco de luz por unos ventanillos redondos, abiertos en el techo y cubiertos de talco unos, y otros de una materia transparente. Estaban, sin embargo, muy altos y eran demasiado estrechos para dejar pasar á un hombre.

—¡Los bribones!—exclamó— han tomado todas las medidas para impedir las evasiones. ¡Que el diablo cargue con ellos y se los lleve al infierno de Buda, si es que también Buda lo tiene!

L O S H I J O S D E L A I R E

Atravesado que hubo el corredor, se encontró en otra sala, toda tapizada de seda roja con flores amarillas, rodeada de riquísimos divanes bordados en oro, con algunas mesitas barnizadas, de fabricación china y con un lecho en el centro, muy amplio, con incrustaciones de nácar y las colchas de seda.

—Supongo que esta habitación será para dormir...—se dijo—. Deben de ser muy ricos estos monjes cuando tanto lujo ostentan.

No había en aquella sala otro hueco al exterior que una lucerna recubierta de talco, por donde recibía luz.

—Si se pudiera saltar allá arriba...—murmuró el cosaco, midiendo con los ojos la altura de la lucerna—. ¡Seis metros! ¿Cómo llegar? No desesperemos. ¡Quién sabe!

Cruzó otra puerta y llegó á un gabinetito tapizado de seda azul, amueblado también con mesitas barnizadas, cubiertas de baratijas.

frasquitos, pequeños recipientes de plata, que contendrían, probablemente, perfumes y pomadas. Teas olorosas, apoyadas en candeleros de oro de factura exquisita finamente cincelados, ardían difundiendo alrededor perfumes penetrantes. En este gabinete no había tampoco ventana alguna, porque la luz penetraba por una lucerna redonda.

—¡Estamos prisioneros!—exclamó Rokoff, que se había puesto de un humor pésimo, muy impresionado por el mal cariz que tomaban las cosas—. Y luego, si consiguiéramos saltar por una de estas lucernas y salir á las terrazas, ¿cómo nos las arreglaríamos para escapar? El monasterio es altísimo y yo, al menos, no tengo ningunas ganas de estrellarme ó de romperme las piernas... Antes de acostarme voy á ver si se le ocurre á Fedor un medio cualquiera de evasión. Se dice que los meridionales tienen la fantasía muy fecunda...

LOS HIJOS DEL AIRE

Volvió lentamente sobre sus pasos, penetró en el salón y vió al ruso profundamente dormido, recostado sobre una de las butacas.

—Por lo que se ve, ni el amigo Buda ni el aguardiente templado han conseguido inspirarle...—murmuro Rokoff, que no supo contener una sonrisa—. ¿Qué sermón les echará mañana? Se me eriza el pelo sólo de pensarlo. Ya que duerme, imitémosle. Ya esperarán los monjes.

Volvió al cuarto en que había visto el lecho, y se arrebujó en las colchas de seda, sin preocuparse más ni de los Budas vivientes ni del barbudo bogdo lama.

Aquel sueño debió de ser bien largo, porque cuando se despertó reinaba en la habitación una obscuridad profunda. Había transcurrido el día y había vuelto á hacerse de noche.

—¿Qué pensarán los monjes? —se preguntó—. Se dirán que los seres celestiales

duermen como las marmotas. Y el bueno de Fedor, ¿qué estará haciendo?

Se levantó Rokoff y escuchó. Por la parte de afuera se oía el viento rugir sobre las torres y los tejados curvos del monasterio. En el interior reinaba un silencio de muerte.

—La borrasca no ha cesado todavía—murmuró—. ¿Durará, quizás, meses enteros en estas regiones? ... Y lo peor es que con estos vientos el capitán no podrá venir á buscar-nos ...

Se echó abajo de la cama, y alumbrándose con una tea olorosa que halló aún ardiendo en el tocador, volvió á la sala en que había dejado é Fedor. No le encontró allí.

—¿Se lo habrán llevado á otra parte?—se preguntó.

Recordó entonces que había otra puerta en la otra extremidad de la sala, y armándose de una silla, que en sus manos podía hacer oficio de arma, se internó por un corredor con

L O S H I J O S D E L A I R E

el que aquella puerta comunicaba. Ese corredor era igual al que conducía á sus habitaciones. Andúvolo todo á lo largo con cierta cautela y llegó á una habitación completamente igual á la suya. Fedor no había sido secuestrado; dormía beatíficamente sobre un riquísimo lecho, envuelto en un cobertor de seda azul.

—¡Despierta!—gritó Rokoff, sacudiéndole vigorosamente—. Has dormido lo menos veinticuatro horas, y eso es demasiado para un Buda viviente.

El ruso abrió los ojos, desperezándose.

—¡Ah! ¿Eres tú, Rokoff? Gracias.

—¿Por qué las gracias?

—Por haberme hecho traer á esta cama tan mullida.

—¡Yo! ¡Pues sí he dormido como un lirón!...

—Entonces, ¿quién me ha traído? Yo no sabía que existiese aquí este cuarto...

—Pues habrán sido los monjes. ¿Y el sermón que debes pronunciar mañana?

—¡El sermón! ¡Ah, sí! Ya recuerdo... me dormí pensándolo.

—¿Te ha inspirado, al menos, el sueño?

—No sé, Rokoff; pero... tengo tantas ideas en la cabeza... ¿Sabes lo que he soñado? Pues soñé con Buda.

—¿Qué dices, Fedor? ¿Si habrá penetrado verdaderamente en nuestras almas? Yo también he soñado con él.

—Era un hermoso indio, de gigantesca estatura.

—No; el mío era más feo que un kalmuko—dijo Rokoff.

—¿Con la piel oscura?

—No tal. Era verde como una retama y tenía cuernos.

—Entonces has soñado con el diablo—dijo Fedor.

—El diablo ó Buda. Para nosotros es lo

L O S H I J O S D E L A I R E

mismo. Yo no entiendo de estas cosas, y además...

Un estruendo formidable, que hizo retemblar el monasterio, le interrumpió la frase. El *tam-tam*, las campanas y las trompas mezclaban las vibraciones de sus bronces con las salvas de fusilería que se oían en lontananza.

—¡¡Por las estepas del Don!!—exclamó Rokoff, poniéndose en pie—. ¿Qué sucede? ¿Asaltan el monasterio?

Miró al techo y notó una débil claridad que se traslucía por la lucerna.

—¡De día!—exclamó—. ¿Cuánto hemos dormido?

Iba á precipitarse fuera de la habitación, cuando oyó el *gong* suspendido á la entrada de las habitaciones, que sonaba estrepitosamente.

—Son los monjes que pretenden entrar—dijo Fedor, tirándose de la cama.

—¿Habrá ocurrido algún acontecimiento grave? ¿Será el capitán, que viene por

nosotros con el Halcon?—preguntó Rokoff—. Amigo; preparémonos á dar la batalla á los monjes si se proponen impedir que emprendamos en vuelo.

—¿Y si, por el contrario, fuesen los peregrinos que vienen á oír mi sermón?—preguntó Fedor palideciendo.

—Pues si son los peregrinos... les predicas.

—No he preparado el sermón ni sé qué decir. No estudié jamás la religión budista ni tengo valor para pronunciar semejante discurso.

—Inventa algo.

—¡Sí! ¡Para perdernos los dos!

—¡Ah! ¡Qué idea! —exclamó de repente Rokoff.

—Di cuál.

—Si predicase yo en lugar tuyo...

—No puedes; no te comprenderá nadie.

—Los espíritus celestiales deben de hablar una lengua especial; déjame hacer á mí, Fe-

L O S H I J O S D E L A I R E

dor. Si no hay ni uno que me entienda, tanto peor para ellos y tanto mejor para mí. Al menos podré decirles cuantas burradas se me ocurran, sin que ninguno pueda darse por ofendido.

—Y yo, ¿qué hago?

—Fingirte enfermo.

—¿No haremos una barbaridad?

—Es el único medio de salir del apuro—dijo Rokoff—. Atronaré como un cañón y dejaré á todos con la boca abierta.

Sin esperar la repuesta de Fedor, el cosaco, convencido de la bondad de su extraordinario proyecto había salido de la habitación corriendo hacia la sala, en donde los cuatro monjes aguardaban, sin cesar de dar golpes al *gong*.

—¿Qué queréis?—les preguntó.

Los cuatro monjes, que no comprendían una palabra del ruso, se miraron entre sí con estupor; después, con una mímica muy expresiva,

E M I L I O S A L G A R I

le hicieron comprender que deseaban hablar con su compañero.

—Seguidme—dijo Rokoff adivinando su deseo.

Cuando entraron en la alcoba encontraron á Fedor escondido debajo de la colcha, lanzando suspiros interminables.

—Señores—dijo un monje inclinándose—. Todos los habitantes del lago vienen en peregrinación al monasterio para escuchar vuestra sagrada palabra. Son una inmensa muchedumbre que acuden á contemplar á los futuros Budas vivientes.

—Estoy enfermo —dijo el ruso lanzando nuevamente un lamentable quejido—y tengo que renunciar al inmenso placer de presentarme ante el pueblo. El viento frío de vuestras montañas me ha abatido, y todavía no me ha llegado del cielo la medicina que debe curarme. Sin embargo, para no privar á los peregrinos de su jus-

L O S H I J O S D E L A I R E

tísimo deseo, mi hermano, aquí presente, hará mis veces.

—Pero, señor . . . Si nadie comprende su lengua . . .—dijo el monje.

—El habla la lengua que se usa en el Nirvana y aunque no sea comprendido, el espíritu de su palabra penetrará lo mismo en el corazón de los peregrinos. Id y decídselo al gran bogdo-lama.

Al oír estas palabras se pintó la consternación en los rostros de los monjes; no obstante, saludaron respetuosos y salieron, haciendo señas al cosaco para que los siguiera.

—Vete, Rokoff—dijo Fedor.

—No temas—replicó el ex oficial—. Dejaré admirados á todos, aunque no entiendan una palabra.

Cinco minutos después Rokoff se encontraba en presencia del bogdo-lama, al cual habían dado cuenta los monjes de la imprevista enfermedad que aquejaba al ruso.

También el viejo se mostró bastante contrariado. La verdad era que Rokoff tenía un aspecto imponente y una magnífica barba roja, que debía de producir admiración general en los peregrinos; pero hablaba una lengua que nadie comprendía. Si hubiera alguien que pudiera comprender algo y traducir el discurso...

Rokoff, que se esforzaba en penetrar los pensamientos de la *Perla de los Sabios*, iba sintiendo cierta inquietud. Y no le engañó su instinto, pues mientras el gong y el tam-tam aturdían los oídos á la par que las campanas de las torres y las salvas de fusilería de los montañeses, vió con sorpresa que la sala se llenaba de monjes. Todos desfilaban por delante de él, dirigiéndole algunas palabras é inclinándose reverentes. Habían desfilado ya unos tres ó cuatrocientos, cuando con gran estupor oyó que uno de ellos, al pasar, le saludaba en lengua rusa.

L O S H I J O S D E L ' A I R E

—¡Cielos! ¡Tú hablas la lengua del Nirvana!—exclamó involuntariamente.

—No sé si es ésta la lengua del Nirvana—respondió el monje—. Yo la aprendí de un tártaro y celebro conocerla, porque me permite entenderme con un sér llegado del cielo.

El bogdo-lama, que presenciaba el desfile al lado de Rokoff, hizo un gesto de alegría al oírle hablar con el monje; pero en cambio el cosaco se quedó medio petrificado, y en su fuero interno deseó con todo el ardor de su alma que el diablo cargase con aquel monje que tan inesperadamente venía á estropear sus proyectos.

—Si este hombre me comprende, ¿qué discurso puedo echar á esta gente? Y el caso es que lo pondrán á mi lado para que les traduzca todas mis sandeces... ¿Por qué se le ocurriría á ese maldito tártaro enseñarle el ruso á este monje? Si yo pudiese dar con un

medio para salir de este mal paso... ¡Pero nada! Era ya tarde para echarse atrás y librarse de pronunciar el famoso sermón. Los fieles habían entrado por centenares en el templo del monasterio, impacientes por ver á los seres superiores que habían descendido sobre las aguas del Tengri-Noor, y por escuchar su palabra divina.

—Venid—dijo el monje que hablaba ruso, cogiéndole de una mano y atrayéndole con dulce violencia—. El templo está lleno.

Rokoff sintió angustias de muerte.

—Dadme, ante todo, algo de beber—dijo enjugándose las gruesas gotas de sudor que manaban de su frente, no obstante el intenso frío que reinaba en la sala.

—Tendréis cuanto queráis.

—Pues aguardiente, mucho aguardiente, para inspirarme mejor y para adquirir la serenidad necesaria—murmuró el desgraciado cosaco.

L O S H I J O S D E L A I R E

Siguió al monje á través de algunos corredores. acompañado de media docena de sacerdotes, encargados probablemente de vigilarle é impedirle toda tentativa de fuga, y fué con-
cido á un gabinete, donde había una mesa ser-
vida.

Echó mano nerviosamente á un vaso de plata lleno de aguardiente templado, y, sin preocuparse de la presencia de los monjes, lo desocupó á medias sin apartarlo de los labios. Fué sin duda una grave imprudencia, por tratarse de un licor fortísimo—el *samseiú* chino, que se extrae del arroz fermentado—y que produce una borrachera casi fulminante. Sin embargo, Rokoff necesitaba de todo en aquel momento para poder afrontar con valor la terrible prueba.

Aquella bebida le produjo buen efecto. El cosaco, medio aturdido, se sintió de repente animado de una energía extraordinaria, al par que veía desaparecer su tímido aturdimiento.

—¡Vamos andando!—dijo con voz resuelta.

El monje que había de servirle de intérprete le condujo por un corredor; abrió después una puertecilla, y Rokoff, admirado, se encontró de pronto en una especie de púlpito adornado con un rico tapiz de seda amarilla y franjas de plata. Extendíase á sus pies un verdadero mar de cabezas humanas.

Hallábase en el templo del monasterio, inmensa nave sostenida por sesenta columnas de madera pintadas de rojo y oro. En aquel recinto cabían más de tres mil personas.

En el centro, debajo de una lucerna, asentaba su trono un Buda colosal, sentado, con las piernas cruzadas, sobre una piedra de tamaño enorme, trasportada quizá de alguna de las montañas sagradas del Tibet. En torno á la estatua se apiñaban en religioso silencio centenares de peregrinos venidos de todos los

L O S H I J O S D E L A I R E

pueblos del lago. Todos eran montañeses de aspecto sospechoso, que llevaban los cintos repletos de armas; fanáticos peligrosísimos, muy capaces de hacer pasar un mal rato al pobre cosaco, aun en el mismo recinto del templo, en cuanto se enterasen de que era un impostor.

Al verle presentarse en la tribuna, cayeron de rodillas los peregrinos, murmurando plegarias. Ninguno se atrevía á mirarle á la cara.

Rokoff, aturdido por los efectos de aquel abundante trago de aguardiente que había bebido, sentía que le zumbaban los oídos y que todo giraba á su alrededor. Quedóse suspenso como en éxtasis, con la boca abierta y dilatados los ojos por un terror invencible ante aquella muchedumbre de adoradores.

—Debo confesar que tengo miedo—se decía para sus adentros—. ¿Qué va á suceder aquí? Siento que las fuerzas me faltan y que se me paraliza la lengua.

Volvióse para ver si estaba la puerta abierta; hallóla cerrada, y si no llega á ser así, ciertamente se hubiese fugado, precipitando la catástrofe.

—¡Malditos!—se dijo para sí—. Me han encerrado en el púlpito. ¡Animo, queridísimo Rokoff, que se trata de salvar tu pellejo y el de tu querido amigo Fedor-!

Al levantar los ojos, vió enfrente del púlpito, al lado de la estatua de Buda, al bogdolama, sentado en un diván y rodeado de una corte numerosa de monjes, teniendo á su lado al que había de traducirle las palabras del orador.

El barbudo pontífice no apartaba la vista del cosaco y comenzaba á dar muestras de impaciencia, maravillado, sin duda, de lo difícil que se le hacía soltarse á hablar á aquel sér divino. Por dos veces había levantado el brazo, como para darle orden de comenzar el sermón. y hasta los mismos peregrinos iban ya atreviéndose á dirigirle miradas.

Rokoff, comprendiendo, al fin, que si seguía titubeando estaba perdido, se armó de todo su valor, reconcentró su imaginativa fantasía y tosió fuertemente durante tres ó cuatro minutos para llamar la atención de los fieles. Pero... ¡cosa rara! El eterno parlan-chín no acababa de romper á hablar, ni sabía por dónde dar principio á la perorata. Su cabeza parecía girar cada vez más de prisa, y en algunos momentos subían á su rostro oleadas de fuego.

Ciertamente, había bebido demasiado.

Por fin se decidió.

—¡Buda! ¡El gran Buda!...—gritó con voz atronadora y dando un puñetazo en la balaustrada del púlpito con tal violencia, que hizo crujir la madera—. ¡Ah! El gran Buda era el gran Iluminado, esto es, el formidable Buda! El sér más poderoso que reina sobre las nubes, sobre el sol y las estrellas.

Interrumpióse, mientras el monje traducía

sus palabras á los fieles. Después de aquel exordio, de un efecto magnífico, aunque por completo vacío de sentido, el buen cosaco no se sintió con ánimos de continuar. ¿Qué decir? No lo sabía en absoluto, y además, en su cerebro comenzaba á reinar tal confusión, que no se le ocurría ninguna idea. Aquel estado era debido, sin duda, al efecto del mal-dito *sam-sciú*.

Aquella tregua, sin embargo, no podía durar horas enteras. Las miradas del lama le decían con elocuencia que era ya hora de continuar el discurso, y Rokoff, que veía pintarse en las caras de los peregrinos cierta admiración que en ellos producía tan largo silencio, se dispuso á continuar.

—Buda... era Buda... Un hombre, digo, un Dios... más brillante que el sol y más dulce que la luna...

Un terrible gesto de impaciencia del lama advirtió al orador que era ya hora de dejar en

L O S H I J O S D E L A I R E

paz al sol y á la luna, que nada tenía que ver con Buda y hablar sobre algún punto más concreto. Por desgracia, las ideas del cosaco se desvanecían cada vez más y hasta las piernas se le doblaban.

¿Qué dijo entonces? Ciertamente no lo supo ni él mismo. Acometido por una repentina furia oratoria, á modo de ataque de borrachera, el cosaco se puso á predicar á la desesperada, gritando como un energúmeno y dando violentos puñetazos sobre la balaustrada.

Hablaba de los santos, de la religión; confundía lamentablemente á Buda con Cristo; citaba de paso á Brahma, Siva y Visnú; al diablo, á los astros y á los ángeles; habló de las nubes, de las máquinas voladoras, de los chinos, de los tibetanos y hasta de los asnos que pueblan el Nirvana, y de otras tantas bestias que se deben amar y respetar, en vez de matarlas para comérselas.

El monje, sofocado por aquel torrente de palabras, se había interrumpido varias veces, olvidándose de traducir buena parte de aquella retahila de sandeces, y miraba con espanto á Rokoff, dudando si le entendía ó si el orador se había vuelto loco de repente. ¿Qué tenían que ver con Buda los asnos, las divinidades indias y las máquinas voladoras?

Los peregrinos se mostraban también admirados de aquel sermón sin pies ni cabeza.

El bogdo-lama estaba furioso y miraba con ojos feroces al cosaco, que no cesaba de hablar como un verdadero loco, dando puñetazos á diestro y siniestro, amenazando tirar la puerta ó hundir el púlpito. ¡No! ¡Aquel hombre no era un sér superior! Era un ignorante, un payaso, un energúmeno que estaba armando un escándalo. Por fin, no pudiendo contenerse por más tiempo, levantóse el lama con el puño tendido, gritando con voz congestionada:

—¡Embustero!

Rokoff, del todo borracho en aquel momento, hablaba de las estepas del Don y de la guerra ruso japonesa. Tuvo un momento de lucidez que le permitió darse cuenta del peligro. Todos los peregrinos se habían levantado, gritando á la vez:

—¡Embustero! ¡Farsante!

Fué una catástrofe completa.

Rokoff notó que allí iba á pasar algo gordo. El escándalo adquiría proporciones gigantescas, llegando la confusión al colmo. Todos le amenazaban y los más fanáticos comensaban á echar mano á las armas.

De un puñetazo derribó la puerta el desgraciado predicador; tiró patas arriba á los monjes que encontró detrás, pasando sobre sus cuerpos y huyó á carrera tendida, á lo largo de los corredores, mientras en el templo se armaba una confusión espantosa.

Un momento después, y sin saber cómo,

E M I L I O S A L G A R I

Rokoff caía como una bomba en el cuarto de Fedor, el cual, viéndole entrar anhelante, con la cara congestionada, la túnica recogida en torno á las caderas y lanzando miradas de terror, se había tirado de la cama, preguntando:

—¿Qué es lo que ha pasado, Rokoff?

—No lo sé; un desastre completo... me quieren matar... ¡huyamos!

V

UN SUPPLICIO ESPANTOSO

Mientras Fedor y Rokoff caían al lago, lanzados por la descarga eléctrica que había tocado la proa del huso, y se salvaban milagrosamente ganando la escollera del monasterio, el Halcon, impotente para resistir las formidables ráfagas del huracán, era arrastrado en una carrera vertiginosa y forzada hacia el septentrión.

El capitán, á quien el rayo no había hecho más que derribar, sin ocasionarle más daño que un leve y pasajero aturdimiento, al no ver más á sus dos amigos, dió la orden de parar la máquina inmediatamente, con la esperanza de descender al lago y poder aún recogerlos; pero los planos sustentadores, desgarrados en parte por la ráfaga, no obedecieron la maniobra y mantuvieron la nave en su pri-

mitiva altura, haciéndola girar envuelta en los densos vapores de la nube sobre las aguas del Tengri-Noor.

Durante algunos minutos el Halcon, dominado por el viento, giró sobre sí mismo, impulsado por una nueva tromba, ya levantándose, ya descendiendo vertiginosamente, navegando sin rumbo en las tinieblas ó flotando en un caos de luz deslumbradora. Por fin, empujado por una nueva corriente, fué arrastrado en definitiva hacia el Norte con una velocidad de sesenta ó setenta millas por hora, que ni las hélices ni los planos tenían fuerza para moderar.

Durante más de tres horas largas y angustiosas, continuó su carrera la máquina voladora, manteniéndose siempre á una altura considerable, atravesando montañas y abismos, hasta que, apaciguada la furia del viento, pudo aterrizar sobre las orillas de un lago que, por el aspecto, no podía ser ya el mismo

Tengri-Noor. La máquina había salido de aquella prueba en un estado deplorable. Los planos y las alas habían resistido maravillosamente, pero las hélices estaban deshechas; parte de la tela de los planos había desaparecido desgarrada, y el rayo que había caído sobre el huso había estropeado algunas arandelas del motor y destruído casi por completo el timón. No eran averías irreparables, porque el capitán, como hombre prevenido, llevaba otras hélices, un timón de repuesto y algunos pedazos de seda, además de un considerable número de arandelas. No obstante, aquellas reparaciones exigían bastante tiempo.

Apenas tocó tierra el capitán, su primer pensamiento fué para Fedor y Rokoff. ¿Qué pudo haber sido de ellos? ¿Habrían caído al lago, despues de muertos, ó habrían conseguido salvarse y llegar al monasterio que él había entrevisto en el momento de la

catástrofe? He aquí las preguntas que se hacía el capitán, hondamente angustiado.

—¿No les visteis á flote?—preguntó al punto á sus compañeros.

—¿A quiénes? Yo sí; vi á uno de ellos—respondió el maquinista.

—¿A cuál de los dos?

—Al señor Rokoff.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—No, capitán. El señor Rokoff estaba vivo y por algún tiempo le vi nadar con rumbo á la playa.

—¿Qué playa? ¿La del monasterio?

—Sí, señor.

—¿Y Fedor?

—No me fué posible descubrirle.

—¿Y tú?—preguntó el capitán, volviéndose hacia el desconocido, que permanecía, como siempre, silencioso.

—Yo me sentí deslumbrado por el relámpago y no pude ver nada.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Se habrán salvado?

El desconocido se encogió de hombros sin responder.

—¿Qué haríais en mi lugar?—preguntó el capitán.

—Yo volvería al lago.

—¿A buscarlos en el monasterio?

El desconocido hizo un signo afirmativo.

—Pues lo haré así—contestó el capitán—.

No dejaré el Tengri-Noor sin tener la certeza de que viven ó han perecido bajo las olas. Maquinista, ¿qué tiempo necesitas para ese arreglo?

—Seis horas, lo menos.

—Pues nosotros, mientras tanto, montaremos las hélices de recambio y ajustaremos la seda á los planos sustentadores.

Y ansioso de regresar al Tengri-Noor para buscar al ruso y al cosaco se puso á trabajar febrilmente.

El capitán no estaba muy tranquilo respec-

to á ellos. No dudaba que Rokoff, fuerte y valiente nadador que era, hubiera conseguido llegar á la playa y pedir hospitalidad en el monasterio; su inquietud era por Fedor, que no sabía nadar y que no tenía el vigor de su compañero. No obstante, en el fondo de su alma conservaba la esperanza de encontrarlo vivo aún.

—¿Quién sabe?—murmuraba sin dejar de trabajar ayudado por el desconocido—. De seguro, Rokoff le vió caer y le habrá ayudado á ganar la orilla. Sé dónde está aquel monasterio é iré á pedir cuentas de mis amigos á los habitantes. Si los han asesinado, les acribillaré con bombas de aire líquido hasta no dejar piedra sobre piedra.

Siete horas después, el Halcon estaba listo. Sin embargo, no podían salir, porque la borrasca no cedía. Al contrario, había aumentado en violencia, y el viento soplaba del Sur con mayor furia. Era imposible ha-

L O S H I J O S D E L A I R E

cer frente á aquellas ráfagas violentas sin exponerse á sufrir averías gravísimas. Tuvo, pues, el capitán, muy á pesar suyo, que esperar pacientemente á que se calmara el tiempo.

Durante cuarenta horas siguió el huracán, llegando en su violencia á veces hasta levantar el huso del suelo y arrastrarlo algunos metros. Después comenzó poco á poco á ceder.

Llegó el momento de levantar el vuelo con rumbo al Tengri-Noor. El huracán los había llevado á unas cien millas de distancia del Lago Sagrado—hacia el Duka-Noor, extensa laguna que está en medio de la meseta de Nagtsluncha, por completo deshabitada—, distancia que el Halcon podía salvar, aun con viento contrario, en menos de tres horas.

La máquina voladora, que funcionaba con toda regularidad, se alzó sin dificultad alguna

hasta la altura de quinientos metros para poder traspasar las cadenas rocosas que se extendían en todas direcciones, formando un caos de picos, y emprendió la marcha hacia el Sur, en dirección de Iadoro-Gorupa. Dos horas más tarde cruzaba sobre el pequeño lago de Bult-scho, y poco después, á gran velocidad, sobre la pequeña aldea de Jador, de cuyos habitantes pasó inadvertida.

El Tengri-Noor sólo distaba ya pocos centenares de metros. El capitán recordaba, aunque muy vagamente, el punto donde estaba el monasterio. Dirigió el aeróstato hacia la orilla occidental, siguiendo sus sinuosidades.

— Veíanse algunas aldeas pequeñas y caseríos, como incrustados en las nevadas laderas de las montañas, y se distinguían grupos esparcidos de jinetes tibetanos que conducían jacks domesticados y convoyes de mercaderías, transitando por los quebrados senderos que

L O S H I J O S D E L A I R E

conducían al interior de la región. En el lago, en cambio, no se distinguía barca ninguna, debido tal vez al fuerte oleaje que todavía reinaba y que rompía furiosamente contra las escarpadas peñas de la costa.

Treinta millas habría recorrido el Halcon, cuando el capitán, que iba en la proa, descubrió una construcción enorme, que se alzaba sobre una roca—la misma que Rokoff le mostrara momentos antes de caer al lago.

Algunos monjes que estaban en la explanada que se prolongaba hacia el lago, habían descubierto ya el Halcon, arrojándose todos al suelo de rodillas, alzando las manos hacia los aeronautas y lanzando agudos gritos, Acudían otros desde el monasterio y todos se dejaban caer de rodillas, mientras en las terrazas sonaban estrepitosamente los gong y *tam-tam*.

—Señor—dijo el maquinista al capitán—,

ese es el convento; recuerdo haber visto la otra vez esas mismas torres.

—Yo también creo que es el mismo—añadió el capitán—. ¿Puedes aterrar con el Halcon sobre aquella plataforma?

—Sí, señor.

Las alas habían dejado de funcionar, y la hélice propulsora giraba en sentido contrario para detener la marcha del huso. Sostenido tan sólo por los planos, comenzó á descender lentamente, deteniéndose frente al monasterio.

Un anciano lama, vestido con una túnica azul, salía en aquel momento, acompañado de otros monjes. Al ver al capitán, que descendió del huso, se acercó á él, diciéndole:

—¡Hace dos días que os esperaba!

Al oír aquellas palabras, pronunciadas en chino, el capitán quedó atónito.

— ¡Que me esperabais! — exclamó —. ¿Quién os ha dicho que yo vendría por aquí?

L O S H I J O S D E L A I R E

—Los dos seres celestiales que cayeron al lago y á los que di hospitalidad en mi monasterio. ¿No sois vos su hermano?

—Ciertamente. ¿Y... los recogisteis vivos?—preguntó el capitán con acento de júbilo.

—Habían tomado tierra aquí, junto á las rocas.

—Pues llevadme adonde se encuentren. ¡Pronto!

—¡Ay de mí!—gimió el lama—. No están ya en mi monasterio. El bogdo-lama de Dorkia se los llevó y no tuve valor para desobedecer sus órdenes. Pero ya no me importa. Yo también tendré seres celestiales conmigo, porque vos los sustituiréis con vuestros dos hermanos.

—Sí; aquí nos quedaremos todos—dijo el capitán, que, por lo que oía, comprendió que sus amigos habían sido conceptuados entre aquellas gentes como hijos del cielo y seres

divinos—. Pero primero tengo que verme con mis hermanos.

—¿Queréis ir, pues, al monasterio de Dorkia?

—Es indispensable.

—El bogdo-lama os hará prisioneros á vosotros también y no os dejará salir.

—¿Están prisioneros mis hermanos?

—Sí; están custodiados por centenares de monjes.

El capitán arrugó el entrecejo.

—¿Es poderoso el bogdo-lama de Dorkia?

—preguntó.

—Manda en toda la región, y si quiere puede reunir millares y millares de montañeses.

—¿Creéis que no deje en libertad á mis hermanos, yendo yo á reclamárselos?

—No creo; porque por toda la comarca se ha extendido la voz de su llegada, y si el bogdo-lama los dejase en libertad, perdería

gran parte de su celebridad. Estoy seguro de que tiene la intención de proclamarlos Budas vivientes.

—Lo veremos—añadió el capitán, que había comprendido perfectamente— Cuando haya puesto en libertad á mis hermanos, volveré.

—¿Queréis abandonarme?

—Me es preciso.

—Pues yo os lo impediré—dijo el monje con voz resuelta—. Perdí á los otros; ahora os retendré á vosotros, pues no quiero ser menos que el bogdo-lama.

—¡Probad!—respondió simplemente el capitán, saltando la borda del Halcon y haciendo una seña al maquinista. El lama se había dirigido á los monjes que se encontraban á su alrededor, gritando:

—¡Detenedlos!

Nadie se movió, á pesar del mandato. Un terror supersticioso les hizo caer de rodillas

al suelo al ver que el Halcon batía sus inmensas alas.

—¡Que Buda os maldiga!—gritó el lama furioso—. ¡No sois tales seres celestiales; ¡sois extranjeros!

El capitán no se tomó ni el trabajo de responder. ¿Qué le importaba que aquel monje hubiese conocido en él á un hombre de raza blanca? Le bastaba con saber dónde estaban el ruso y el cosaco.

En un rápido vuelo alcanzó el Halcon una altura de cuatrocientos metros y marchaba á toda velocidad sobre el lago, dirigiéndose al Sur.

A pesar de las noticias que había adquirido, no se encontraba el capitán satisfecho del todo ¿Cómo libertar á sus amigos del poder del lama que los tenía prisioneros en su monasterio? Esto se preguntaba, sin saber qué contestarse.

Sabía el punto en que estaba el convento, porque lo señalaba una carta geográfica; pero

L O S H I J O S D E L A I R E

no bastaba. Era preciso encontrar el medio de poner en libertad á los dos Budas vivientes, retenidos por unos cuantos centenares de monjes, y hacerlo á la vista de miles de peregrinos, probablemente armados, por no tener los tibetanos costumbre de abandonar sus mosquetes ni sus puñales ni aun en los templos.

No obstante, no era menos cierto que podía disponer de medios poderosos, como sus terribles bombas de aire líquido, más que suficientes para destruir una fortaleza; pero ignorando el punto preciso en que Rokoff y Fedor se encontraban, se exponía á destrozar á sus amigos juntamente con los monjes.

—¿Qué pensáis hacer?—preguntóle el desconocido cuando hubieron perdido de vista el monasterio.

—Todavía no lo sé—respondió.

—Bombardead el convento.

—No; podrían perecer ellos también.

—¿No es posible que huyan al divisar tu Halcón?

—Lo dudo.

—Asústalos con alguna bomba.

—Pensaba en ello, precisamente. Por lo pronto preparemos algunas y después veremos lo que podemos hacer.

El capitán, que no quería dejarse ver de los ribereños, para caer de improviso en el monasterio y producir mayor efecto, había dado la orden al maquinista de mantenerse á buena distancia de las orillas del lago. Avanzaba velozmente la nave aérea, aunque el viento no había cesado por completo. Es muy raro que no se deje sentir en aquellas regiones, por efecto de las montañas y de las gargantas. Ya casi á mediodía, el capitán, que iba á proa, distinguió con su catalejo un monasterio, al extremo de una pequeña península. Formaba una mesa de edificios coronados por algunas cúpulas que reflejaban los rayos del sol, como si fuesen de oro.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Ahí tenemos á Dorkia—dijo—. Tengo entendido que solamente este monasterio tiene cúpulas doradas.

—¿Están preparadas las bombas?—le preguntó el desconocido.

—Sí; he preparado cinco.

—Bastan para destruir todos los edificios de Dorkia y de los villorrios vecinos.

—Maquinista: elevémonos á quinientos metros para ponernos fuera del alcance de las armas de fuego.

—¿Temes que nos reciban mal?—preguntó el desconocido.

—No lo sé; no estoy tranquilo.

—Si tus amigos se han presentado como seres celestiales, debe recibírsenos con grandes honores.

—¿Y si se diesen cuenta de que no somos más que extranjeros? Ya viste que el lama del otro convento no se engañó acerca de nuestra procedencia.

—¿Matan á los extranjeros en este país?

—¡Ya lo creo! Y los atormentan—respondió el capitán—. Más vale que preparemos también los fusiles y que estemos dispuestos á todo.

Dicho esto, cogió de nuevo el catalejo, enfocándolo hacia el monasterio, que no se encontraba ya á más de seis ó siete millas de distancia.

—El lama me habló de peregrinos llegados de todas las riberas del lago, y, sin embargo, no veo á nadie en la península ni en las terrazas. El monasterio parece deshabitado. ¿Qué puede haber sucedido?

—¿Se habrán llevado á tus amigos á otra parte?—preguntó el desconocido, que se ocupaba en preparar las armas sobre cubierta.

—¿Adónde?

—Si el Dalai-lama de Lhasa, informado de su llegada los hubiese reclamado...

—En ese caso estarían perdidos. ¿Quién

L O S H I J O S D E L A I R E

es el guapo que se atreve á quitárselos á tan poderoso pontífice? Lhasa cuenta con muchos miles de habitantes, tiene tropas chinas y fortificaciones formidables. Pero no es posible que en tan poco tiempo hayan podido conducirlos á esa ciudad, atravesando senderos impracticables... Los alcanzaremos aún en pleno viaje y atacaremos á la escolta. Asegurémonos, primero, de que se los han llevado fuera de aquí.

Miró de nuevo con mayor atención.

—Pues no se ve bicho viviente ni en la península ni en las costas vecinas. El monasterio está desierto... ¡¡Maquinista!! Aumenta la velocidad cuanto se pueda.

El Halcon precipitaba su carrera. De un vuelo rapidísimo recorrió la distancia que lo separaba del monasterio, y se cernió sobre sus torres y tejados, describiendo un gran círculo en torno de la masa de edificios.

¡Cosa extraña! El silencio más profundo

reinaba por todas partes y no se distinguía ni un alma en ventanas ni terrazas ni aun en los patios.

—¿Se habrán escapado todos? — se preguntó el capitán, cuyas aprensiones iban en aumento por segundos—. No es posible que un monasterio tan renombrado y que habitan cientos de monjes haya sido abandonado tan de repente.

—¿Estarán rezando dentro del templo? — preguntó el desconocido.

—¿Y los peregrinos?

—Habrán vuelto á sus casas.

—No me convenzo; pero pronto lo sabremos.

El capitán hizo descender al Halcon hasta muy cerca de los patios; desenfundó la ametralladora y con ella hizo un disparo. Las detonaciones atronaron con sus repetidos ecos los ámbitos de todos los edificios, pero no salió ningún monje.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Yo creo que si hubiese alguien, habría asomado la cara—dijo el capitán.

—¿Cómo se explica esta fuga?—preguntó el desconocido.

—Nos habrán visto de lejos y se habrán, tal vez, escondido, para evitar que libertemos á los prisioneros...

—Con mi catalejo los habría visto.

—Yo vi una especie de caserío tierra adentro.

—También yo lo observé.

—Pues vamos á preguntar á los habitantes si saben en dónde están los monjes.

—Si es que tiene explicación tan extraña fuga. No es difícil que se esconda un hombre; pero tanta gente...

A una señal del capitán, el maquinista forzó máquina, y el Halcon, después de haber descrito otro círculo en torno al desierto monasterio, se dirigió á un roquedal inmenso, en cuya cumbre había un grupo de casuchas de

piedra y barro. En diez minutos llegó el Halcon al caserío, que también estaba deshabitado.

—¡Esto es inexplicable!—exclamó el capitán en el momento en que el Halcon tocaba el suelo.

—¡Señor! ¡Ved allí un hombre que huye!...—exclamó en aquel momento el maquinista. El capitán, en un rápido movimiento, se hizo con un fusil, lanzándose en persecución del fugitivo.

Un hombre vestido de pieles trataba de esconderse entre unas matas que crecían detrás del caserío. Después de una breve carrera, logró alcanzarle el capitán, agarrándole por el cuello.

El montañés, que era un viejo, no opuso resistencia; antes al contrario, se dejó caer de hinojos tendiendo las manos en actitud de súplica y diciendo algunas palabras incomprensibles.

—¿Conoces la lengua china?—preguntó el capitán en tono amenazador.

LOS HIJOS DEL AIRE

—Sí, señor; la comprendo—respondió el viejo—. No me hagáis daño, que soy un pobre viejo que nunca hizo mal á nadie.

—Pues respóndeme la verdad, si estimas tu vida.

—Hablad—dijo el viejo con voz temblorosa.

—¿Por qué han huído los monjes de Dorkia?

—No han huído, señor.

—¿Pues dónde están?

El viejo señaló una montaña elevadísima que se distinguía al Suroeste.

—Allí—dijo.

—¿Qué han ido á hacer?

—No sé; han venido dos hombres blancos, como vos... que decían haber llegado del cielo...

—Prosigue...

—No sé lo que habrá sucedido...; no sé más sino que después de haber sido adorados fueron condenados...

—¿A muerte?—preguntó, palideciendo, el capitán.

—A ser devorados vivos por las águilas.

—¿Dónde?

—En la cumbre de aquella montaña.

—¿Cuándo los han llevado allí?

—Esta mañana.

—¿Quién los ha llevado? ¿Los monjes?

—Sí; acompañados por millares de peregrinos—contestó el tibetano.

—¡Ah, canallas! ¡Me las pagarán! ¿Habrán llegado á la cumbre?

—No sé... el camino es largo...

—Partamos sin perder un instante—dijo el capitán—. Tal vez lleguemos á tiempo de salvarlos—. Y se lanzó á bordo del Halcon seguido del desconocido.

Un momento después se elevaba la máquina, volando con rumbo á la montaña indicada por el tibetano, la cual se alzaba doce ó catorce millas hacia el Oeste.

Era una pirámide enorme que tendría unos tres mil metros de altura y que sobresalía de los montes que la rodeaban. Todas sus laderas estaban cubiertas de nieve; solamente en la base crecía un poco de vegetación: grupos de pinos y abetos.

El Halcon se elevaba rápidamente, batiendo con fuerza las alas para alcanzar aquella altura tan considerable. Las hélices horizontales giraban con vertiginosa rapidez.

Por momentos se notaba la rarefacción del aire, que hacía cada vez más difícil la respiración de los aeronautas. Se trataba de llegar á los siete ú ocho mil metros de elevación, dado que el lago estaba ya á más de cuatro mil seiscientos sobre el nivel del mar. Solamente los tibetanos, habituados á aquella atmósfera, pueden resistirla sin experimentar molestias.

Hasta el capitán sentía zumbidos de oídos y mareos, como si estuviera borracho. El desconocido se dejó caer sobre una caja, soste-

niéndose la cabeza con ambas manos y respirando anhelosamente.

Cuando hubo alcanzado los siete mil metros, el Halcon se dirigió hacia la enorme montaña, provocando una violenta corriente del aire. El frío era intenso en aquellas alturas, hasta el punto de que las superficies metálicas de la nave aérea se cubrieron instantáneamente de agujas de hielo y los alientos de los aeronautas, apenas salidos de sus bocas y narices, se convertían en estrellitas de nieve. El capitán, después de envolverse en una manta de lana de gran espesor, se situó en la proa, llevando el catalejo enfocado á la cúspide de la montaña. Aunque la distancia era todavía considerable, parecióle ver dos puntos oscuros que se destacaban en la cima entre una débil neblina de nieve.

—¿Serán Rokoff y Fedor?—se preguntó—.
¿Llegaremos demasiado tarde? ¡Maquinista!
Fuerza la marcha cuanto puedas.

LOS HIJOS DEL AIRE

Los dos puntos negros se veían cada vez más claros. Parecían dos seres humanos colgados de un palo ó de una cruz, coronada por algunos girones que el viento agitaba.

Puntos más pequeños, casi imperceptibles, movíanse alrededor, ya levantándose, ya agachándose. ¿Qué ó quiénes podían ser? Tal vez águilas, dispuestas á precipitarse sobre las presas. El capitán lo suponía.

—¡Los fusiles! ¡Las escopetas de caza!—gritó—. Preparad las armas y elevémonos más aún. ¡Rokoff y Fedor están allí arriba!

El desconocido, á quien aquellas órdenes despertaron de su amodorramiento, se levantó por un supremo esfuerzo haciendo eses como los borrachos..

—¿Los fusiles? ¿Las escopetas? ¿Y para qué? ¿Y las bombas?

—¡Las águilas! ¡¡Las águilas!! Están á punto de destrozarlos —gritó el capitán—. ¡Ved! ¡Ah, miserables!...

El Halcon había llegado á la pirámide, pero se encontraba demasiado bajo para alcanzar la cumbre. De repente interrumpió su carrera horizontal y comenzó á elevarse, inclinándose á popa para darse mayor impulso.

En la cima de la pirámide, sobre la misma cumbre, se veía á Rokoff y Fedor luchando desesperadamente y gritando con la esperanza de asustar á las águilas, que volaban á su alrededor, prontas á destrozarlos con sus robustos picos y potentes garras.

Los dos desgraciados, que todavía llevaban puestas las túnicas de monjes, estaban atados á unos maderos parecidos á cruces, coronados por unas banderas de tela blanca, en las que había ciertas letras pintadas. Quince ó veinte aves de rapiña volaban por encima de sus cabezas ó alrededor de sus cuerpos, lanzando graznidos agudos y golpeándolos con la punta de las alas, con intención de atontarlos antes de comenzar á devorarlos



Los dos desgraciados, que todavía llevaban puestas las túnicas de monjes, estaban atados á unos maderos parecidos á cruces.

L O S H I J O S D E L A I R E

Ambos luchaban desesperadamente, tratando inútilmente de derribar las cruces de que estaban colgados. Ya un águila, más audaz que las demás, se había posado sobre la cruz, dispuesta á destrozar el cráneo del cosaco, que se encontraba más próximo, cuando apareció el Halcon que, por fin, llegaba á la cúspide de la montaña, teatro del suplicio. Simultáneamente sonaron dos disparos, y el voraz volátil caía muerto en tierra. Los condenados dejaron escapar dos gritos de suprema alegría:

—¡El Halcon! ¡El capitán!

A esto sucedió una serie de detonaciones: era la ametralladora que deshacía la bandada de aves, rompiéndoles las alas ó matándolas en el acto. Aterró el Halcon en la cumbre, y el capitán, acompañado del desconocido, saltó á tierra.

—¡Rokoff! ¡Fedor! — gritó, mientras el maquinista se encargaba de continuar la obra de la ametralladora para hacer huir á las

águilas que no habían caído á la primera descarga y que no se decidían á abandonar su presa.

—¡Por las estepas del Don y del infierno!— rugió Rokoff—. ¡Libradnos, capitán! ¡Esos miserables! ¡Corramos á exterminarlos á todos! ¡Hurra por el Halcon!

El capitán empuñó un cuchillo, trepó á la cruz y cortó las ligaduras que sujetaban á sus compañeros. Fedor, trastornado por la asfixia, se abandonó al punto en brazos del desconocido, murmurando con voz apenas inteligible:

—Gracias...

Sufría una hemorragia nasal; los oídos también le chorreaban sangre, debido á la rarefacción del aire. Hubo de ser transportado al Halcon, porque le era imposible moverse.

Rokoff, por el contrario, apenas en libertad, corrió hacia el extremo contrario de la pe-

L O S H I J O S D E L A I R E

queña planicie, con los puños cerrados y los ojos fulminantes.

—¡Señor Rokoff! ¿Dónde vais? ¿Estáis loco?—gritó el capitán.

El cosaco parecía sordo. No se daba cuenta del aturdimiento que se apoderaba de sus compañeros. Cuando llegó al borde del precipicio, escapó de su garganta un rugido salvaje.

—¡Vedlos! ¡Lama perro! ¡Te arrancaré el pellejo!

El capitán le detuvo.

—Venid. El Halcon nos espera... Es peligroso detenernos á esta altura... El aire está muy enrarecido.

—¡Miradlos!... —gritó furioso—. Descienden de la montaña.

—¿Quiénes?

—Los budistas... los monjes... los asesinos.

El capitán miró hacia el fondo. A setecientos metros por debajo de ellos, marchaba

una larga fila de personas, compuesta de monjes y montañeses, que bordeaban las laderas de la montaña, deteniéndose de vez en cuando para mirar á la cumbre. Serían tres ó cuatro mil hombres, armados casi todos ellos de mosquetes y lanzas.

—Esos son los que pretendían hacer con nuestros huesos píldoras, para dárselas de comer á los perros—dijo Rokoff.

—Dejadlos continuar el viaje, por ahora—respondió el capitán.

—Prometedme que pasaremos por encima de ellos.

—Sí; pero fuera del alcance de sus mosquetes.

—¡Montemos en el Halcon!

Dirigiéronse á toda carrera hacia el huso, y llegaron á tiempo que el maquinista estaba dando un vasito de ginebra á Fedor para ayudarle á recobrar el ánimo y para hacerle entrar en calor.

—Partamos — dijo el capitán—. No es

L O S H I J O S D E L A I R E

prudente que nos detengamos tanto tiempo en un lugar tan alto como éste.

—Embarcaron todos. El Halcon atravesó la meseta y descendió por la vertiente opuesta, dirigiéndose hacia el grupo de monjes y peregrinos.

Estos se habían dado cuenta al punto de la presencia de aquel pájaro monstruoso que caía de la nevada cumbre con rapidez fulmínea, como si pretendiese aplastarlos.

Un prolongado grito de terror salió de los pechos de aquellos hombres. A él sucedió un silencio profundo. Parecía que todos, monjes y peregrinos, hubiesen enmudecido por efecto del miedo. Algunos se habían dejado caer al suelo, escondiendo el rostro entre los embozos peludos de sus mantos.

Rokoff se inclinó sobre la proa del huso para dejarse ver mejor, y agitaba los brazos como si lanzase maldiciones sobre sus asesinos. De repente se aproximó á la máquina,

E M I L I O S A L G A R I

cogió un cubo de zinc lleno de agua y lo precipitó en medio de las turbas horrorizadas, gritando:

—¡Puercos! ¡Ahí va el saludo de los Budas vivientes!...

El Halcon se alejó en dirección al Tengri-Noor.

VI

LOS GIGANTES DEL HIMALAYA

Media hora después de aquel salvamento prodigioso, los aeronautas, sentados ante una mesa servida suculentemente, narraban sus aventuras, que tan á punto habían estado de acabar trágicamente para el ruso y el cosaco, por culpa de aquel desgraciado sermón, ó mejor dicho, de aquel trago de *sam-sciu* que había vuelto al predicador medio loco.

Como hemos visto, el discurso había terminado mal, y Rokoff tuvo que escaparse para que no lo fusilaran los peregrinos. El miedo lo despabiló y pudo comprender el grandísimo peligro á que había estado expuesto con «sus asnos» pastando en las praderas del *Nirvana* de Buda y sus episodios de la guerra rusoturca. Su primera idea fué la de abandonar en el acto el monasterio, juntamente con

Fedor; pero les faltó tiempo, porque los monjes habían invadido el departamento de los dos impostores, haciéndoles imposible todo intento de fuga.

Después de una lucha desesperada fueron tendidos en tierra y amarrados á dos leños. Se les condenó á morir devorados por las águilas, y con tal objeto se les condujo á la montaña, en la cual hubieran dejado la piel ciertamente á no ser por la oportuna llegada del Halcon.

El capitán escuchó tan cómicas aventuras riendo á mandíbula batiente. El mismo desconocido, tan serio de ordinario, no pudo contener su hilaridad en algunos momentos.

—¡Pobre señor Rokoff!—exclamó el capitán.

—Y todo á consecuencia de aquel sermón...

—Y de unas gotas de *sam-sciu* que tomé para cobrar ánimo.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Quién sabe lo que habréis dicho sobre Buda?

—Creo haberle comparado con un diablo que tiene veinte ó treinta cuernos. ¡Si hubieseis visto los gestos que hacía el viejo bogdo-lama y las miradas que me lanzaba! . .

—Estoy convencido de que ha sido una verdadera fortuna que los monjes os condenaran á ser devorados por las águilas. Podían haberos encerrado en una mazmorra llena de escorpiones.

—Entonces sí que todo habría concluído para nosotros—dijo Fedor.

—Lo creo, porque no hubiéramos podido salvarnos—respondió el capitán.

—Nos habríais vengado, al menos—dijo Rokoff.

—Habíamos preparado ya bombas de aire líquido para hacer volar el monasterio.

—Si lo hubiese sabido antes, las hubiese tirado sobre los peregrinos—dijo Rokoff—. ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Debéis haber reventado á unos cuantos con la pesadísima caja que les arrojaisteis. Ya van bastante cestigados.

—Si al menos hubiese tocado al monje barbudo... Capitán, yo ya estoy harto de tanto Tibet. Vayámonos cuanto antes.

Descendieron al Sur, á una velocidad de cuarenta millas por hora. El Tengri-Noor había desaparecido y llegaban al Nigkorta.

—¿No vamos á Lhasa?—preguntó Fedor.

—No; tengo prisa de atravesar la gran cadena del Himalaya y llegar á la India.

—¿Atravesando el Nepal?

—Es probable—respondió el capitán.

—¿Y dónde iremos á parar?

—Aún lo ignoro. Todo depende de ciertas circunstancias.

—¿No iremos á Calcuta?—insistió Fedor.

—No quiero que se me vea por allí.

El capitán, que por lo visto no quería dar explicaciones sobre sus proyectos futuros, se

L O S H I J O S D E L A I R E

levantó de la mesa, encendiendo un cigarrillo y se situó á proa, diciendo:

—Ved el Nigkorta. Es maravilloso.

La enorme montaña, una de las más gigantes del Tibet, se levantaba hacia el Este, como vanguardia del grandioso macizo de picos agudos que forman la cadena del Ninthang-la.

Como todas las demás, estaba cubierta de nieve desde la base á la cima, semejante á un inmenso pan de azúcar. Sobre sus vertientes brillaba el hielo á los rayos del sol, desprendiéndose de él continuamente témpanos gigantes, que rodaban hasta el fondo de los valles y que, al fundirse, alimentan los muchos ríos que se desprenden del coloso.

El Halcon, obligado á mantenerse á una altura de tres mil metros, oscilaba no poco, por efecto de las furiosas corrientes de aire que se cruzaban en todas direcciones, marchando, no obstante, á una velocidad de treinta ó cua-

renta millas por hora. Por la tarde cruzaba sobre Gang-Ischaka, aldea de alguna importancia, poniendo en huída á los habitantes, que en aquel momento se encontraban en el campo apacentando los jacks domésticos. Después, en un rapidísimo vuelo, fué á posarse sobre la cumbre de una montaña situada treinta millas más al Sur, en un lugar, al parecer, desierto.

Al siguiente día salieron con los primeros albores de la aurora, pues el capitán parecía tener prisa de atravesar el Tibet. Comenzaban entonces á divisarse llanuras. La región montañosa desaparecía poco á poco para recobrar su imperio con la gigantesca mole del Himalaya. A los dos de la tarde mostraba el capitán á Fedor y Rokoff un río que corría de Oeste á Este, describiendo rápidos zis-zás. Era el Brahmaputra, uno de los más célebres del Asia, por ser sus aguas tenidas por sagradas, como las del Ganges.

L O S H I J O S D E L A I R E

Ese río gigantesco nace en el Tibet, en las faldas septentrionales del Himalaya. Se abre camino á través de infinitas montañas del país de los lamas, y después de describir una inmensa curva, entra en la India por el valle de Assan, recogiendo durante su carrera las aguas de otros cincuenta ríos, todos navegables, yendo á descargar al mar después de un curso de dos mil quinientos setenta kilómetros. Es más largo que el Ganges y su caudal es mucho mayor; pero tiene menos sagrado carácter, á pesar del nombre de *hijo de Brahma* que lleva, pues eso es lo que la palabra Brahmaputra significa.

En el momento en que el Halcon lo atravesaba, surcaban sus aguas muchas embarcaciones cargadas de mercancías. Los barqueros, al divisar aquel monstruo que batía desahoradamente las alas, se precipitaron al líquido elemento, presos de terror pánico, gritando como locos.

—Espancimos el terror por todas partes— dijo Rokoff—. Ahora veremos si los indios huyen también al vernos.

—Si nos ven—añadió el capitán.

—¿Viajaremos de noche?

—No quiero que me descubran los ingleses.

—¿No queréis entablar relaciones con europeos?—preguntó Rokoff sorprendido.

—Por ahora no.

—Y, sin embargo, habéis atravesado América.

—¿Y quién me ha visto?—preguntó el capitán—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de que haya sido observado el paso de una máquina voladora por Nueva York, Nueva Orleans, Búffalo ó San Francisco de California?

—Jamás.

—Pues, sin embargo, yo he atravesado todas esas ciudades.

—¿Y por qué no queréis que los pueblos de raza europea admiren vuestro Halcon?

L O S H I J O S D E L A I R E

—Hoy es un secreto que no os puedo revelar, señor Rokoff. ¡Ah! ¿Qué son esos puntos blancos? Observad qué rara es la nube que estamos atravesando.

El Halcon marchaba en ese instante sobre las montañas del Gian-gtse, que se alzaban en forma de escalones inmensos, elevando sus cimas á tres mil novecientos metros.

La imponente cadena del Himalaya no estaba lejos, aunque no se divisaban aún los picachos del coloso que separa al Tibet de la India.

El país estaba poblado aún. Villorrios y aldeas aparecían de vez en cuando y también numerosas caravanas de camellos y de jacks que subían fatigosamente las laderas de las montañas. Por la tarde aterró el Halcon á la orilla del Tsono, lago perdido casi en los confines tibetanos y encerrado entre montañas altísimas. El frío arreció por la vecindad de los glaciares del Himalaya, y, sobre todo, del

gigantesco Dorkia, obligando á los aeronautas á vestir la ropa de invierno y encender otra vez la estufa.

—¿Pasaremos mañana la gran cadena?— preguntó Rokoff al capitán antes de retirarse á su camarote.

—Al mediodía pasaremos por Dorkia—respondió el capitán.

—¿Y no iremos á visitar el Everest?

—Lo distinguiremos, pues se le divisa desde una distancia increíble.

—Así, pues, ¿no marcharemos hacia el Oeste?

—No; bajaremos á la India á través del Butan. Buenas noches, señor Rokoff. Hasta mañana.

No eran apenas las cuatro de la mañana cuando el Halcon reanudó el vuelo que había de conducirlo á la India. Las primeras estribaciones del Himalaya aparecían ya en forma de mesetas que se elevaban con rapidez, obli-

L O S H I J O S D E L A I R E

gando á los aeronautas á irse remontando cada vez más para no tropezar con aquellos obstáculos.

La vegetación iba desapareciendo rápidamente. Ya no se veían bosques de pinos y abetos, ni prados verdosos en que pastaban caballos y manadas de jacks. Los pueblos desaparecían también. El desierto comenzaba: un desierto de nieve y de hielo.

Al mediodía, cuando se deshicieron las brumas que cubrían el horizonte, se presentó ante los ojos estupefactos de los aeronautas la mole enorme del Himalaya coronada de nieves y hielos. Las colosales eminencias, entre las cuales sobresalía el Dorkia, que levantaba sus agujas á siete mil metros, cerraban todo el horizonte meridional, mostrando sus grietas y valles deformes y confusos, en cuyo fondo saltaban impetuosos ríos y torrentes. Al Oeste y á gran distancia, brillaba el inmenso Gaurisankar, llamado también Everest, monte

E M I L I O S A L G A R I

santo el más alto del globo, el rey de las montañas, pues tiene ocho mil ochocientos sesenta metros de altura. La cadena del Himalaya, que es la más vasta que existe en nuestro globo y cuyo nombre significa en lengua sánscrita lugar nevado, porque siempre está cubierta de nieve, se extiende desde Bengala hasta Cachemira, cubriendo una superficie de un millón noventa y seis mil kilómetros cuadrados, limitada al Este por el Brahmaputra, y al Oeste por el Indo, los más importantes cursos fluviales de la península indostánica.

Hace cien años no era todavía bien conocida de los europeos, por la hostilidad de los montañeses, sobre todo, de las tribus de Gorka, las cuales negaban obstinadamente el paso á los exploradores ingleses. Sólo en el año 1809, y más tarde, en 1815, los oficiales ingleses, aprovechando de la guerra que sostenían con las tribus montañesas del Nepal, pudieron aventurarse por aquellos valles inex-

L O S H I J O S D E L A I R E

plorados y medir una por una las alturas de las motañas con aparatos imperfectos que no podían apreciarlas con exactitud rigurosa. Kirkpatrick y Fraser, dos oficiales, fueron los primeros que intentaron la ascensión de estos colosos, á los cuales siguieron más tarde el capitán Webb y Colebrook. El coronel Waugh intentó escalar el Everest; después, Humboldt, el Fawahir; Gerard, el Chipca-Pic, en los confines de la Tartaria China. Más adelante, Hogson y el teniente Herbet visitaron la cadena central, descubriendo, en 1821, las fuentes del Ganges, que están á una altura de cuatro mil cuatrocientos ochenta metros. Hoy es conocida toda la cordillera, y sus montes han sido explorados y medidos escrupulosamente.

Este enorme núcleo de montañas tiene once pasos, cuya altura varía entre cinco y seis mil metros; veintisiete picos culminantes que alcanzan de seis mil quinientos hasta siete mil

setecientos sesenta metros, y un número infinito de glaciares situados á casi tanta altura como la cima del Chimborazo, coloso de la América meridional.

Todos los indios profesan gran veneración á la cadena del Himalaya, que es para ellos de origen santo, y desde hace miles y miles de años, millones de peregrinos van á visitar los templos esparcidos por aquella región.

—¿Qué me decís de estas montañas? — preguntó el capitán, mientras el Halcon, que había alcanzado una altura de cinco mil quinientos metros, desembocaba en un profundo valle, abierto en la vertiente oriental del Dorkia.

—Que dan espanto—dijo Rokoff.

—Un panorama maravilloso, único en el mundo—respondió Fedor—. ¿Qué son nuestros Urales comparados con esta cordillera?... ¡Colinas semejantes á montecillos de arena!

L O S H I J O S D E L A I R E

—Los mismos Alpes, que se admiran en Europa como una maravilla, parecerían ridículos y mezquinos al lado de estos colosos—añadió el capitán.

—¿Y aquí no hay animales?—preguntó Rokoff.

—Algún oso. Cuando hayamos llegado á la región boscosa, que tiene una extensión considerable, no os quejaréis de falta de caza. Encontraremos chacales, tigres, rinocerontes y osos en gran número.

—Espero que no pasaremos por la India sin cazar algún tigre—dijo Rokoff.

—Os conduciré más tarde á una región en la cual hallaréis cuantos queráis—respondió el capitán—. Allí probablemente será donde nos separaremos.

—¿Para siempre?—preguntaron al par Rokoff y Fedor.

—¿Quién sabe? Puede suceder que nos veamos algún día. ¿Qué diríais, por ejem-

plo, si fuese á buscaros á Odessa ó á las estepas del Don?—Y cambiando de asunto, el capitán continuó:—Ved aquella fortaleza encaramada en las rocas como un águila . . . Es Pharo, la última del Tibet. Más allá, ved el Tabilung, un gran monte que separa esta región del Estado de Sikkim. Señores, vamos á entrar en la India. El Butan no está más que á dos pasos . . .

El Haïcon salió de aquel inmenso barranco abierto en la cadena, y volaba sobre un caos de picos y mesetas nevadas, manteniéndose siempre á una altura que variaba entre cinco y seis mil metros. Avanzaba fatigosamente entre los rugidos y silbidos de los vientos, que son casi constantes en esas regiones al atravesar las tenebrosas gargantas de que están cubiertas. A las cuatro de la tarde quedaba atrás el Tabilung, sin que su presidio se hubiese dado cuenta del paso del monstruo valador, y media hora después los aeronautas

L O S H I J O S D E L A I R E

cruzaban la frontera tibetana, penetrando en el Butan.

La India se ofrecía ante sus ojos con sus extensos ríos, sus bosques interminables, sus inmensos *junglares* y sus opulentas ciudades.

VII

ATRAVESANDO EL BUTAN

El Bután, que los intrépidos aeronautas se disponían á atravesar antes de descender á las llanuras de Bengala, bañadas y fertilizadas por las sagradas aguas del Ganges, es un Estado independiente, situado en la falda del Himalaya, y que puede ser considerado como un apéndice del Tibet.

Efectivamente, sus habitantes se parecen á sus vecinos, aunque son más fuertes y belicosos. Tienen igual sistema de gobierno, repartido entre un *Deb-Rejale*, que es el gobernador civil, y el *Dharme Rajah*, ó jefe espiritual, que es una especie de Buda viviente, encarnación del antecesor.

En vez de proseguir su vuelo con rumbo al Sur, donde seguían las montañas, el Halcon se había dirigido hacia el Este, como si

el capitán abrigase el intento de penetrar en la provincia indiana de Assam, en vez de bajar á la de Bengala.

Rokoff, que se había dado cuenta de aquel cambio de dirección, hizo algunas observaciones al capitán que en aquel momento estaba observando un mapa de la India.

—Bengala es hoy día demasiado inglesa—respondió el capitán—. Además, deseo ver la capital de este Estado y descender más tarde en la orilla del Brahmaputra.

—¿Encontraremos todavía el río que atravesamos en el Tibet?

—Sí, señor Rokoff.

—¿Y después? . . .

—Estos montañeses se preparan á hacernos una acogida de las menos amistosas—dijo el capitán sin responder á la pregunta—. Mantengámonos altos, pues tienen fusiles de mucho alcance y de una precisión que dejaría estupefactos á los mejores armeros europeos.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿También aquí nos hacen guerra á los europeos?

—No los ven con mucho gusto, aunque en la capital de este Estado reside un representante consular inglés para protegerlos. Aun hoy, de vez en cuando, acostumbran hacer levantamientos y echan á los colonos anglo-indios, sin preocuparse de las amenazas continuas del gobernador de Bengala. Tomad el catalejo. ¿Los veis en aquella altura?

De un barranco habían salido tres ó cuatro docenas de hombres que habían ido á reunirse sobre una meseta pequeña y que miraban con estupor al Halcon. Sin soltar de la mano las tercerolas con que iban armados, más valientes que los chinos y mongoles, y aun que los tibetanos, en vez de huir, se aprestaban á tirotear al enorme pajarraco, que confundían probablemente con un águila monstruosa.

Eran todos de estatura elevada y vigorosos,

con la piel casi blanca y los cabellos negros y cortos. Vestían pieles blancas de carnero con el pelo para afuera, y calzaban botas altas que les llegaban á las rodillas.

Cuando juzgaron que el Halcon estaba á tiro, se echaron al suelo, escondiéndose detrás de unas rocas, y le saludaron con una descarga nutrida.

—He oído silbar algunas balas—dijo Fedor.

—No me admira. Y eso á pesar de que estamos á mil trescientos metros. Estos no emplean los mosquetones de mecha de los tibetanos. Son buenas carabinas de precision. Escondámonos de esta gente, y hoy por la noche reanudaremos nuestras guardias. El desierto concluye y en este país no estamos seguros ni de los hombres ni de las fieras.

—¿En dónde nos pararemos?—preguntó Rokoff.

L O S H I J O S D E L A I R E

—En la frontera del Assam. Ahora que no hace viento marchamos á más de cuarenta millas por hora. Dentro de poco nos encontraremos sobre la capital del Butan.

El Halcon precipitaba su vuelo, manteniéndose siempre á una altura de mil doscientos á mil trescientos metros, para evitar las cadenas de montañas que se alzaban por todas partes. El país continuaba escasamente poblado. No se veían más que unas cuantas aldeas, construídas muy mal, la mayor parte, con piedras y troncos de árboles, terrenos sembrados de centeno y pastos. Abundaban en cambio los bueyes, carneros y caballos, que pastaban libremente por las mesetas.

Media hora antes de ponerse el sol, el Halcon pasaba á gran velocidad sobre Tasse-sudón la capital del territorio, esparciendo el terror entre sus habitantes que, al ver tal monstruo volando, se precipitaban corriendo por las callas chillando y tocando

furiosamente el *gong*, como para asustarlo y obligarlo á huir.

Tassesudón es la residencia del Deb-Rajah, y la fortaleza más importante del Butan, pues tiene murallas muy sólidas y baluartes que, por el lado que menos, tienen más de treinta pies de altura. En el centro se levanta el palacio real, edificio enorme, de forma cuadrilonga, de ocho pisos y tejados puntiagudos, adornados de antenas y mástiles con banderas, y en la cima una estatua de Mohamoni, una de las divinidades adoradas por los butanos. Las casas de los habitantes se veían más á lo lejos, esparcidas sin orden ni concierto; la mayor parte eran de madera y de un solo piso.

Los aeronautas tuvieron tiempo apenas para echar una ojeada sobre la ciudad. El Halcon, empujado por un viento fortísimo que soplabá de las altas montañas del Himalaya, aceleraba cada vez más su marcha, que acabó por ser extraordinariamente rápida. El ca-

L O S H I J O S D E L A I R E

pitán, al divisar hacia el Sur una cordillera cubierta de espesos matorrales y arbustos, lanzó hacia ella la máquina voladora, pues no quería aterrizar en las cercanías de la ciudad. Hasta las diez de la noche no pudieron llegar á esas montañas. Cuando hubieron hallado un lugar á propósito, el Halcon descendió lentamente, yendo á caer en una pequeña meseta rodeada de árboles de muy diversas especies y tamaños.

Ya estaba próximo al suelo, casi tocando una alfombra de *kalam*, especie de hierba dura que alcanza una altura considerable, cuando el capitán, que estaba observando los alrededores, indicó á Fedor algunas sombras que se dirigían apresuradamente al bosque.

—¿Son animales?—preguntó el cosaco.

—Sí, de aquellos que tanto os gustan asados —respondió el capitán—. ¿Os acordáis del lago de Karakorum?

—Pero estos bichos no son truchas.

—Yo hablo de osos, ó mejor dicho, de pernils de oso.

—¿Cómo? ¿Es que aquí también hay plantígrados de esa especie?

—Pertenece á otra familia, pero son igualmente exquisitos, mi querido señor Rokoff. Aquel que matasteis en el Karakorum era un melaneco; éstos que huyen son labiados, más grandes y más peligrosos.

—¿Y los vamos á dejar tranquilos?

—¿Tenéis sueño, señor Rokoff?

—No, capitán.

—¿Aceptaríais una partida de caza nocturna? Estamos escasos de víveres y antes de abandonar la India tengo que renovar mis provisiones, pues no quiero detenerme en ninguna ciudad. Por ahora cazaremos osos; más adelante iremos á los *junglares*, en donde abundan los búfalos, tigres y rinocerontes. Estos pocos días que nos quedan que pasar juntos, los dedicaremos á la caza. ¿Os place, señor Rokoff?

L O S H I J O S D E L A I R E

—Quisiera que se prolongasen infinitamente para no abandonaros.

—¿Qué se le va á hacer, señor Rokoff! Tengo que ir lejos; muy lejos.

—¿Adónde?

El capitán señaló al septentrión.

—Allí—dijo.

—¿Regresaréis al Tibet?

—Todavía más arriba.

—¿A la Mongolia?

—No sé; veremos—respondió el capitán—.

Si no hubiese sabido ciertas cosas por el personaje que me acompaña, os hubiese conducido por lo menos hasta el Cáucaso, haciéndoos atravesar el Turkestán y la Persia...; ¿quién sabe si aún nos encontraremos algún día en otro rincón del mundo y me acompañais entonces en otro viaje maravilloso! Esperémoslo. En fin, señor Rokoff, ahora vamos á cenar y después trataremos de dar caza á los osos que hemos visto antes.

—¿Abundan por aquí esos plantígrados?

—En el Butan y el Nepal abundan mucho. Yo os prometo que no hemos de volver con las manos vacías y hasta puede ser que tengamos la suerte de derribar algún *black-boc*.

—¿Qué animales son esos?

—Cabras negras que dan unas chuletas excelentes.

La cena estaba dispuesta. Comieron de prisa; recomendaron á sus compañeros que hiciesen una buena guardia, distribuyéndose las horas, y, provistos de carabinas exprés, de abundantes municiones y de un frasco de brandy para combatir el frío que se dejaba sentir, abandonaron el huso, dirigiéndose al bosque. La noche era clara, pues la luna brillaba en un cielo limpio de nubes; había, pues, alguna probabilidad de sorprender á los osos, que por lo general no salen en las noches oscuras ó húmedas.

El capitán y Rokoff atravesaron de prisa

L O S H I J O S D E L A I R E

la pradera de altas hierbas que rodeaba el huso y que ocupaba toda la pequeña planicie, y llegaron al límite del bosque, deteniéndose un instante para escuchar.

Un profundo silencio reinaba en aquellos parajes; sólo en lontananza se oían á ratos ladridos de perros salvajes, que son más prolongados y agudos que los que lanzan los chacales.

—Busquemos un puesto á propósito para ponernos en acecho—dijo el capitán—. Dentro de poco los aullidos y rugidos de las fieras romperán el silencio.

—Allí veo un árbol grueso, cuyo tronco está rodeado de espesos matorrales—dijo Rokoff, señalando un majestuoso *nim* que crecía aislado.

Allí se dirigieron, abriéndose paso con los cuchillos por entre la maleza, y una vez que llegaron, tendieron en el suelo las mantas que consigo llevaban.

—El puesto es bueno—dijo el capitán, después de haber cargado la carabina—. ¿Oís ese murmullo?

—Sí—respondió Rokoff.

—Indica la vecindad de un manantial ó de un torrente. Los animales no tardarán en venir á beber.

—¿Los osos negros?

—Tal vez los osos también. ¿Tanto os agradan los pernils de oso?

—Son tan excelentes...

—No digo lo contrario, señor Rokoff.

—Encendieron las pipas; tendiéronse sobre las mantas, poniendo al lado las carabinas. Ciertos ruidos vinieron á turbar el silencio que momentos antes reinaba. Esos ruidos, vagos al principio, fueron poco á poco determinándose. Unas veces era el aullido de un lobo indiano; otras el maullar débil de un gato montés; otras, un silbido agudo.

Ya llevaban más de un cuarto de hora de

L O S H I J O S D E L A I R E

espera, cuando el cosaco sintió en la nariz el golpe de una rama que le cayó encima.

—¿Quién me bombardea?—se preguntó.

—Será una rama seca desgajada por el viento—dijo el capitán

—No está seca—replicó el cosaco, que la había recogido—. Está verde y parece recién arrancada.

—Si aquí hubiera monos diría que alguno se había refugiado en este árbol; pero no los hay por estos parajes. Los veremos más abajo, en las llanuras de Assam y de Bengala.

Nada convencido de que aquella rama su hubiese desprendido por sí sola, Rokoff se levantó, dirigiendo sus miradas á la espesa copa del árbol, sin descubrir nada sospechoso.

—Amigo Rokoff—dijo el capitán, que también se había incorporado—. ¿Sentís cómo crujen las ramas? Algo se acerca.

Un ruido terrible, mezcla de aullidos y ladridos, se dejó sentir en aquel momento á corta distancia, en medio de una espesura de matorrales que debía de ocultar el cauce del torrente.

—¿Qué es esto?—preguntó Rokoff.

—No hagáis fuego—replicó el capitán deteniéndole el brazo y bajándole el arma—. No vale la pena de gastar municiones, y además no conviene espantar la caza.

—Pues parece que vienen contra nosotros.

—Nos habrán olido.

—¿Qué son? ¿Chacales, tal vez?

—No; son *bighamas*, ó sea lobos indios un poco más pequeños, que los rusos y siberianos, pero valientes, pues no vacilan en acometer hasta al hombre cuando van en manadas.

—¿Vendrán á molestarnos?

—No lo creo. Somos dos y no se atreverán. Me gustaría, sin embargo, tirotearlos

L O S H I J O S D E L A I R E

y hacerlos huir, porque me temo que nos espanten la caza.

—Hagámosles una descarga.

—No, señor Rokoff; esparemos y . . .

En aquel momento cayó otra rama, tocándole en la cabeza.

—¡Diablo! Antes os cayó á vos y ahora me ha caído á mí—exclamó.

—Os digo, capitán, que aquí arriba hay alguien que se divierte bombardeándonos. Ved; también esta rama es verde y hace un momento que la han desgajado . . .

—¿Quién puede estar ahí?

—Algún tigre.

—No se suben á los árboles y, además, no los hay por aquí.

—¿Y esos lobos que parecen amenazarnos? Nos van á coger entre dos fuegos.

—Señor Rokoff, ¿habrá en este árbol pernils de los que tanto os gustan?

—¿Algún oso?

—Los labiados y los *pandas* gatean admirablemente.

—Y ¿son peligrosos?

—Los primeros, sí; cuando se ven atacados se defienden ferozmente y sacan los ojos á los cazadores.

—Pues yo no quiero perder los míos. ¿No sería mejor que cambiásemos de puesto?

—Si vos no queréis perder los ojos, yo por mi parte quisiera conservar mis piernas, sin dejar ningún pedazo de ellas entre los dientes de los *bighamas* que, á juzgar por sus auídos, deben de ser muchísimos. Veo brillar sus ojos por todas partes.

—Entonces, esos animales son peligrosos.

—Mucho más que los plantígrados, en este momento. Nos han rodeado y no creo que tengan intención de dejarnos ir sin quedarse con algún pedazo de nuestras personas para recuerdo.

—Probemos á rechazarlos.

L O S H I J O S D E L ' A I R E

—Una descarga á la derecha y otra á la izquierda.

Los dos cazadores se hicieron espacio entre los matorrales, y consideraron ante todo su situación.

Los *bighamas* les habían cercado poco á poco, y se habían reunido en tal número, que era de temer un furioso asalto. Veíaseles por doquier avanzar lentamente, apretando sus filas.

Como el capitán había dicho, los lobos indios, cuando van en manadas, son valerosos y no menos audaces que los grandes lobos de las estepas de Siberia. Son, sin embargo, más pequeños que ellos. Tienen el pelo rojizo-amarillento y las patas blancuzcas.

Ordinariamente andan en pequeños grupos ó manadas de siete á diez individuos; pero á menudo se reúnen en grandes ejércitos y entonces son el terror de los rebaños y de las aldeas. Son velocísimos é inteligentes, y ata-

can á las ovejas y á los toros sin espantarse de los gritos de los pastores, y á veces se atreven á penetrar en los caseríos para robar las criaturas en presencia de sus padres.

El capitán, que los conocía, se sintió molesto é intranquilo al ver su muchedumbre.

—No creí que en tan poco tiempo se reuniesen tantos—dijo á Rokoff—. El verdadero peligro no está detrás de nosotros, sino delante.

—Busquemos un refugio—dijo Rokoff.

—¿En dónde?

—Subiéndonos al árbol.

—Y ¿qué vamos á hacer con el oso?

—Aún no sabemos si se trata de un oso; pero, aunque lo fuera, siempre ganaríamos en trocar un peligro grave por otro leve.

—Probemos antes á tirotear á los lobos.

—Estoy dispuesto, capitán.

Los dos tiros salieron simultáneamente,

L O S H I J O S D E L A I R E

produciendo un estruendo espantoso, que ahogó los aullidos de los *bighamas*. Los proyectiles derribaron á dos crías. Los demás retrocedieron rápidamente, saltando sobre los matorrales, y se detuvieron á cincuenta metros de su primitiva posición, reanudando el concierto de aullidos.

—No nos dejarán—dijo el capitán—.¿Veis si el animal desciende del árbol?

—No; me ha caído otra rama en la cara, mayor que las otras.

—Pues pongamos en salvo las piernas, pues ya vuelven los *bighamas* á estrechar sus filas, preparándose á un asalto general. Cargad la carabina.

—Ya está.

—Pues subid mientras yo tiro otra vez.

El cosaco se puso la carabina en bandolera, se agarró al tronco y, ayudado por las plantas parásitas que lo rodeaban, se puso á gatear, con la vista en alto, por miedo de verse aco-

metido por el animal que se escondía entre las ramas.

El capitán, una vez descargada su carabina, se apresuró á reunírsele. Los lobos, furiosos al ver que se les escapaba la presa, se habían abalanzado prontamente contra el tronco del *nim*, aullando ferozmente y dando saltos con la esperanza de alcanzarlos. Eran unos cincuenta ó sesenta, número más que suficiente para poner en un aprieto á dos hombres, aunque estuviesen tan bien armados.

Rokoff y el capitán, ya seguros, subían con precaución, mirando siempre hacia arriba. Un animal, que no llegaban aún á distinguir, á causa de la espesura de las hojas, se movía entre las ramas, sacudiéndolas vigorosamente y haciendo caer algunas.

Se habían elevado á una docena de metros, cuando Rokoff, que distaba ya poco del arranque de las ramas, se detuvo diciendo:

—Ese animal me parece muy grande, capitán.

LOS HIJOS DEL AIRE

—¿Que os parece?

—Un mono enorme.

—Este no es el país de los grandes monos, señor Rokoff—respondió el capitán—. Estoy convencido de que se trata de un oso.

—Si se nos echa encima nos derribará, y entonces, tras de rompernos la crisma, caeremos entre los dientes de los *bighamas*.

—¿No podéis hacer fuego?

—Es imposible, capitán. No hay ya más plantas parásitas á qué agarrarse, y el tronco es tan liso que es un milagro el poder sujetarse.

—¿Y qué es lo que hace el animal?

—Sacudir las ramas y gruñir.

—¿No alcanzáis á la horquilla?

—Probaré, pero... si se le antoja bajar á ese animal...

—No le hagáis frente; descended vos más bien. Si es grande, será un labiado y no un *panda*.

—¡Bonita situación!—murmuró Rokoff—. Abajo los dientes de los lobos, arriba cuatro zarpas armadas de uñas. ¡Estamos divertidos!

—¡Vaya, señor Rokoff! ¡Decidíos, que me canso de esta postura!

—Ya que no se ve solución ni por una ni por otra parte, afrontemos al enemigo de las zarpas, que al menos puede proporcionarnos perniles.

El cosaco se aseguró la carabina, cogió con los dientes el cuchillo de caza y reanudó su ascensión, que cada vez era más difícil por no encontrar puntos de apoyo y ser el tronco tan grueso que no había modo de abrazarlo.

Abajo, los lobos seguían aullando y saltando desaforadamente; arriba, el oso, suponiendo que lo fuera, seguía sacudiendo furiosamente las ramas y amenazando á cada instante con dejarse resbalar por el tronco y arrastrar á los dos cazadores.

L O S H I J O S D E L A I R E

Rokoff, á quien se le hacía difícil sostenerse, logró al fin, con gran trabajo, alcanzar el arranque de las ramas.

Disponíase ya á montarse sobre la horquilla para ayudar al capitán, cuando vió que el animal se le echaba encima, bajando del punto en que hasta entonces había estado acurrucado, que era una rama transversal situada dos metros más arriba. Como el capitán había supuesto, se trataba de un oso de la especie de los labiados, á los que llaman los indios *adamsad*, muy comunes en las montañas del Himalaya y en los bosques del Nepal. Aunque son de la misma familia que los demás plantígrados, difieren de ellos un poco en la forma y en las costumbres.

Tienen el cuerpo más corto, las patas también más cortas y las zarpas armadas de uñas corvas; el hocico termina en forma de cono truncado, como el de los puercos; tienen pelo larguísimo; negro por el dorso y gris por la

cabeza, con algunas manchas amarillas, y una crin larga, que termina en dos mechones que dan á tales animales un aspecto extraño. A primera vista parecen monos. Habilísimos trepadores, viven más sobre los árboles que en tierra, pudiendo decirse que se mantienen casi exclusivamente de fruta. Gustan asimismo de subirse á las peñas, y si se ven acosados, no vacilan en arrojarse desde grandes alturas, escondiendo la cabeza entre las patas y protegiéndose así contra los golpes sin hacerse gran daño.

El animal que el cosaco tenía delante era grande y robusto—lo menos de un quintal de peso— y era ciertamente un enemigo peligroso, que podía muy bien dar que hacer á los dos hombres.

Viéndolo avanzar, Rokoff empuñó precipitadamente el rifle, y gritó al capitán:

—Colgáos de mis pies, que resistiré mejor.
El oso descendió rápidamente de la rama,

L O S H I J O S D E L A I R E

afianzó las patas traseras en la horquilla y se irguió sobre ellas, manoteando con las zarpas, armadas de afiladas uñas.

—¡Fuego! ¡Haced fuego!—gritó el capitán.

Rokoff obedeció, enfilando la carabina y disparando precipitadamente, sin casi apuntar. No tuvo tiempo de observar los efectos de su disparo, pues se sintió agarrado fuertemente y sacudido á diestro y siniestro, mientras recibía en la cara el cálido aliento del animal.

Ya creía verse lanzado al vacío desde una altura de cincuenta pies, cuando sonó el ruido de un segundo tiro, tan cercano, que le pareció sentir el calor del fogonazo. Habíalo disparado el capitán, valiéndose de una sola mano y agarrado con la otra á los pies del cosaco. El labiado dejó escapar un gruñido de dolor, abandonando después al cosaco y encaramándose en precipitada huida á las más altas ramas.

—¡Herido!—gritó Rokoff, alargando los brazos hacia el capitán, á quien el zapatazo que dió el rifle, excesivamente cargado, hizo que se le cayera de la mano.

—Pero aún está vivo—repuso el capitán.

—Pero la herida debe de ser grave... Mirad cómo me ha manchado de sangre.

—Si al menos muriese desangrado...—exclamó el capitán poniéndose á horcajadas en la rama—. ¿Sabéis que os tuve ya por perdido?

—Si pasa un segundo más, me derriba.

—¿Os ha clavado las uñas en la espalda?

—No ha tenido tiempo; sólo me ha roto la chaqueta.

—Y mi carabina se ha caído.

—No importa. Tenemos aún otra—dijo Rokoff—. Yo no la he abandonado, y nos servirá para dar fin de ese maldito animal.

—Si tal hacéis perderéis los perniles.

—¿Por qué, capitán?

L O S H I J O S D E L A I R E

—Porque se los comerán los *bighamas*.

—Pues tengo empeño en conservarlos.

—Entonces dejad en paz al labiado; ya lo mataremos más tarde.

—¿Y durará mucho esta situación?

—Hasta el alba, si nuestros compañeros no vienen á libertarnos. Estos lobos no se volverán á sus guaridas hasta que sea de día.

—Pues me parece muy fea la perspectiva. ¿Vendrán Fedor y los otros? Hemos disparado cinco tiros de carabina y deben de haberlos oído.

—Pensarán que estamos haciendo una caza muy abundante y no se moverán, señor Rokoff.

—Tíroteemos á los lobos.

—Esa carabina no es buena para tirar á lobos, sino á tigres, rinocerontes y osos—dijo el capitán.

—No creí que nos saliese tan mal la caza.

—¿Cómo tenéis valor para lamentaros, cuando sólo en dos horas que estamos aquí ya

E M I L I O S A L G A R I

hemos matado seis ó siete lobos y herido un oso?

—Sí, pero estamos sitiados.

—Cierto, pero estamos asegurados contra los ataques del enemigo. El labiado no piensa más en bajar á atacarnos, y los lobos no pueden subir. ¿Qué más queréis, señor Rokoff? ¿Tenéis todavía valor de quejaros?

—Cuidado, capitán. No os dejéis engañar de tan hermosas esperanzas. Veo que el oso se mueve y le oigo gruñir.

—Se quejará de sus heridas.

—¿Y si bajase?

—Entonces se perderían los perniles, porque nos veríamos obligados á matarlo y se lo comerían los lobos.

—Prefiero que se quede ahí arriba.

—Yo creo que él también sabe que no le conviene exponerse á los ataques de los lobos. Si no estuviese herido, no tendría miedo de hacerles frente, pero tienen que

L O S H I J O S D E L A I R E

faltarle las fuerzas; ¿no veis cómo se está desangrando?

—Me está cayendo la sangre encima—respondió Rokoff—. Debo de estar perdido.

—¡Señor Rokoff!, ¿os aburrís?

—Un poco, capitán.

—Pues entonces tirad al blanco. Contamos aún con ciento noventa y cinco cartuchos y los lobos no son más de cincuenta. Si os queréis entretener mientras yo vigilo al oso, os concedo tres balas por cada lobo.

—Pues yo trataré de matar uno de cada disparo—dijo Rokoff, acomodándose en las ramas para tirar mejor.

Los *bighamas* no habían abandonado el pie del árbol; seguían aullando y saltando, y mordiendo la corteza y arrancándole grandes tiras con sus recios y afilados dientes; sus aullidos atronaban el bosque. De cuando en cuando se alejaban unos cuantos en distintas direcciones y se iban á ladrar y aullar cinco

ó seiscientos pasos más lejos en diferentes tonos.

—Llaman á sus compañeros—dijo el capitán.

—¿Pensarán derribar el árbol á fuerza de roerlo?—preguntó el cosaco.

—No hay que temerlo. Necesitarían semanas enteras para derribar un árbol tan grueso como éste. Señor Rokoff, esperan vuestro saludo.

—El cosaco apuntó su carabina en dirección al grupo y disparó el primer tiro, haciendo caer dos lobos al mismo tiempo.

—Tengo cinco balas de ventaja—dijo sonriendo.

—Continuad—respondió el capitán—. ¡Ah! El vecino del piso alto se asusta...

El labiado, al oír el disparo y viendo subir el humo entre las hojas, había comenzado á moverse, haciendo crujir las ramas.

—¿Se nos irá á descolgar encima?—preguntó Rokoff mirando hacia arriba.

L O S H I J O S D E L A I R E

—No será tan estúpido que intente un salto semejante, pues aunque tienen costumbre de tirarse desde alturas considerables, ahora no le conviene, pues abajo le esperan los *bighamas*.

El cosaco reanudó el fuego, preguntando:

—¿Y no se matan al caer?

—Parece ser que tienen los huesos muy duros y poseen una elasticidad increíble.

Seguía el cosaco disparando con calma y observando el efecto de los tiros como si estuviera en un concurso, y los lobos caían uno tras otro, y á veces, dos á un tiempo. Era, sin disputa, un excelente tirador.

En cinco minutos mató once lobos.

—Aún quedan cinco docenas lo menos—dijo el capitán.

—Y acuden dos ó tres docenas más—añadió Rokoff con acento desanimado—. Los que antes se fueron aullando vuelven con refuerzos.

—¿Estará lleno este bosque de *bighamas*?

—Así parece. ¿Y el oso?

—Se ha tranquilizado y ya no se mueve.

—Estará tal vez muerto.

—No; eso no, porque hubiese caído.

—Saludemos á los que llegan—añadió Rokoff, reanudando el fuego en medio de los grupos y sin fallar un solo tiro.

Los *bighamas*, no obstante, no daban señales de querer retirarse. Sin embargo, el instinto les hizo comprender que si seguían tan agrupados, presentaban un blanco demasiado fácil, y en vista de ello se dispersaron entre los matorrales, sin alejarse mucho del árbol objeto de sus ambiciones.

—El tiro al blanco se ha empeorado—dijo Rokoff, después de quemar unos cuantos cartuchos seguidos sin resultado.

—Nos vamos á quedar sin cartuchos antes de acabar con la manada.

—Lo he notado ya—dijo el capitán.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿Debo continuar?

—¿Quién lo duda? Nuestros compañeros, al oír estos disparos tan continuados, pensarán que estamos en peligro y acudirán en nuestro socorro. No estamos á más de un kilómetro del Halcon, y las detonaciones se oirán perfectamente desde él ¡Ah! ¿Oís?

Había sonado un disparo en aquel momento en dirección de la pequeña meseta.

—Es un *schneider*—dijo el capitán—. Señor Rokoff, responded.

El cosaco descargó su carabina, tumbando otro lobo.

Momentos después otro disparo sonaba en dirección del Halcon.

—Siga el fuego sin interrupción—dijo el capitán—. Ahora es cuando nuestros compañeros han comprendido que tenemos necesidad de su ayuda.

—¿Y no los atacarán los lobos?—preguntó Rokoff.

—Estamos aquí también nosotros, y cinco hombres bien armados pueden hacer mucho.

Rokoff continuó disparando sin economizar cartuchos. Sabía que sus compañeros venían á prestarles apoyo y no le importaba quedarse sin cartuchos.

Los lobos debieron de darse cuenta de que se aproximaban más hombres, porque algunos se destacaron del grueso de la manada y partieron, aullando, en dirección de la meseta.

—Los han olido—dijo el capitán—. Preparémonos para apoyar á nuestros compañeros.

De repente se vió entre los árboles correr á los lobos y aullar desesperadamente, al par que los disparos se sucedían sin interrupción.

—Esos son los *winchesters*—dijo el capitán—. Son unas armas magníficas de repetición, que harán saltar á los lobos de contento.

Los que sitiaban el árbol, al oír aquellas



En cinco minutos mató once lobos.

L O S H I J O S D E L A I R E

detonaciones echaron á correr desenfrenadamente, lanzando furiosos aullidos.

—Bajemos á tierra—dijo el capitán.

Se dejaron deslizar á lo largo del tronco y pronto se encontraron en el suelo. El capitán recogió su carabina, la cargó á escape y se lanzó fuera de los matorrales, gritando:

—¡Cuidado, señor Fedor! No vayáis á fusilarnos, que venimos en vuestra ayuda.

Al ver que los lobos se agrupaban alrededor de unos matorrales en cuyo centro se encontraba el ruso, junto con el maquinista y el desconocido, los atacó por retaguardia, tiroteándolos sin misericordia.

Los *bighamas*, cogidos entre dos fuegos, no pudieron resistir aquella granizada de balas que los diezmaba rápidamente. Después de haber tratado de hacer frente á los dos peligros, se desbandaron, huyendo velozmente á través del bosque, perseguidos durante un rato por Fedor, el maquinista y su compañero.

Rokoff se disponía á seguirles, cuando oyó gritar al capitán:

—¡El oso! ¡Ojo, que se va!

El cosaco se detuvo al punto, cargando la carabina.

El labiado, aprovechando el descenso de sus enemigos y el combate de éstos contra los lobos, había abandonado las ramas altas del *nim*, dejándose caer, á su vez, á lo largo de una de ellas, con la esperanza de alcanzar los matorrales sin ser notado y desaparecer entre el follaje.

Pero, por su desgracia, no había contado con el capitán que, sin dejar de hacer frente á los *bighamas*, no se había olvidado de la otra caza mayor, tan succulenta y apetitosa.

Al ver que los cazadores volvían, escondió la cabeza entre las patas anteriores y se dejó caer, precipitándose desde una altura de ocho ó diez metros. Vino á dar con sus huesos en medio de los matorrales, que aplastó con su

L O S H I J O S D E L A I R E

peso, sin dañarse gran cosa; después se levantó y se dirigió contra el capitán, que se encontraba próximo, acometiéndole ferozmente y tratando de darle un zarpazo en la cara.

—¡Retiráos!—gritó Rokoff, que llegaba corriendo.

El capitán había dado un salto, retrocediendo para evitar el ataque y apuntó con su carabina, disparando al oso casi á boca de jarro.

Aunque herido de muerte, el plantígrado no cayó. Se apoyó en las patas traseras, dando un salto hacia adelante. Tan rápida fué la embestida y tan impetuosa, que el capitán, que creía haber matado instantáneamente á la fiera, no pudo resistirla y perdió el equilibrio, rodando al suelo. Por fortuna, Rokoff estaba cerca.

Se oyó un segundo disparo. El labiado vaciló un instante y cayó al fin, lanzando un rugido silbante y sofocado.

E M I L I O S A L G A R I

—Me parece que esta vez acertamos...—
dijo Rokoff—. Tres balas *exprés* y aún no
tenía bastante. ¡Qué piel más dura tienen estos
animales!

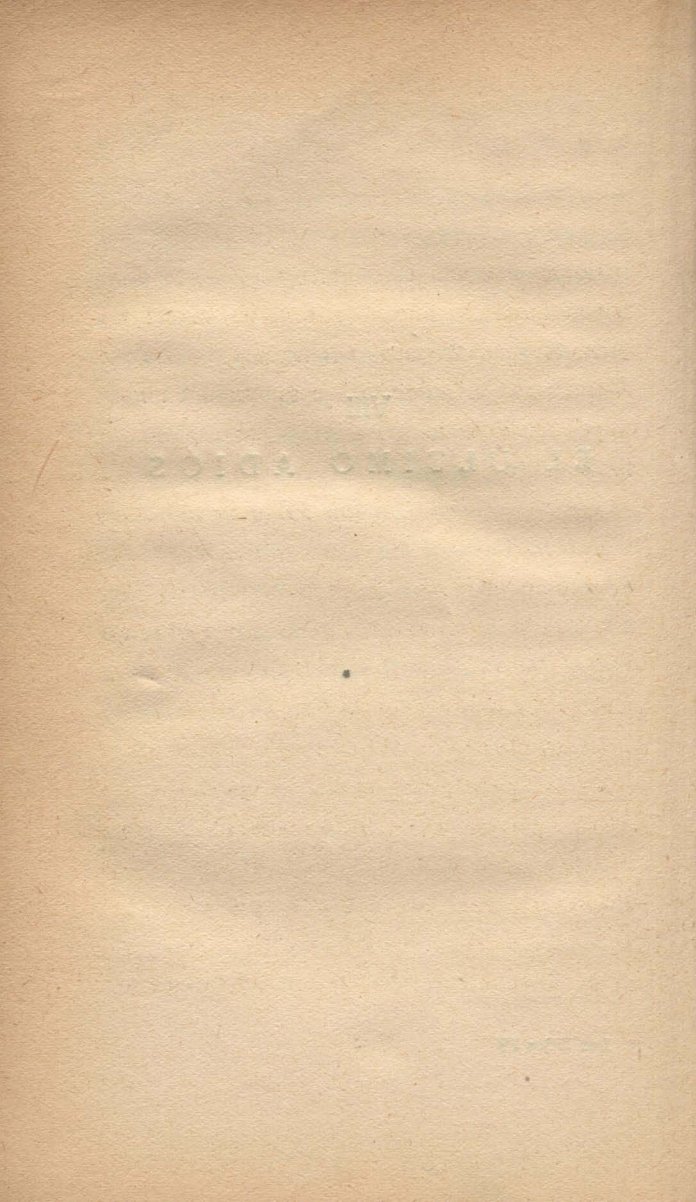
Fedor y sus compañeros, después de ahuyentar á los lobos, regresaban.

—¡Un oso!—exclamó el ruso.

—Que nos proveerá de unos perniles deliciosos—respondió Rokoff.

—Y de ciento cincuenta kilos de carne excelente—añadió el capitán—. Dejemos á los lobos y llevémonos este botín á bordo. La caza, como veis, señor Rokoff, no ha podido resultar mejor.

VIII
EL ÚLTIMO ADIÓS



Cerca del mediodía siguiente, después de haber descuartizado y metido en la cámara frigorífica los pedazos del labiado, el Halcon abandonaba la pequeña meseta, reanudando su vuelo hacia la frontera del Butan, á fin de bajar á las llanuras forestales del Assam.

Esta región, que forma parte de las posesiones inglesas de la India, y que tiene una superficie de 126,965 kilómetros cuadrados, con una población de más de cinco millones de habitantes, es la más oriental del inmenso Imperio, y confina con la alta Birmania.

En comparación con el vecino territorio de Bengala, tan poblado de ricas y opulentas ciudades, está desierto y medio salvaje. Sus habitantes se dedican, más que al comercio, á la agricultura y al pastoreo. No por eso dejan de contarse bastantes centros populosos y algunas ciudades notables por la belleza de sus

antiguos palacios, habitados hace algún tiempo por los reyes de Assam.

A eso de las dos de la tarde cruzaba el Halcon la frontera, entrando en el Assam por el paso de *Rangeah*, y volviendo á encontrar algunas horas más tarde el Brahmaputra, el gigantesco río que ya habían atravesado los aeronautas en el Tibet y cuyo curso habían de seguir por algún tiempo.

En aquel sitio parecía el país casi desierto, pues en el Assam occidental sólo hay unas cuantas aldeas y una sola ciudad de importancia: Goalpara.

Por la tarde habían atravesado ya el Assam, y el Halcon, dejando las estériles llanuras que hasta entonces seguía, penetró en Bengala, pasando por encima de la pequeña aldea de Afgeay. Sólo que en vez de proseguir directamente hacia el Sur, el capitán ordenó al maquinista que siguiese hacia el Este, como si hubiese querido llegar á los montes de Tipperah, que separan la Bengala oriental de la Birmania.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Por qué cambiáis de rumbo?—preguntó Rokoff sorprendido.

—Porque quiero evitar el paso por Cani-lab, que es una ciudad en la cual hay guarnición inglesa—respondió el capitán.

—Es ya de noche.

—No importa. Nos podrían descubrir, porque va á salir la luna dentro de poco.

—¿Y adónde vamos?

—Pronto lo sabréis.

—¿Sobreaquellos montes que se ven allá lejos?

—¿El Arracán? ... No; no es mi camino ese, por ahora.

—Entonces vamos al mar.

—Habéis adivinado.

El Halcon se apresuraba, marchando á sesenta millas por hora, velocidad que nunca llegó á alcanzar durante la travesía del Asia central. Se diría que el capitán tenía prisa por llegar pronto á las aguas del Golfo.

Alguna razón tendría, porque con mucha

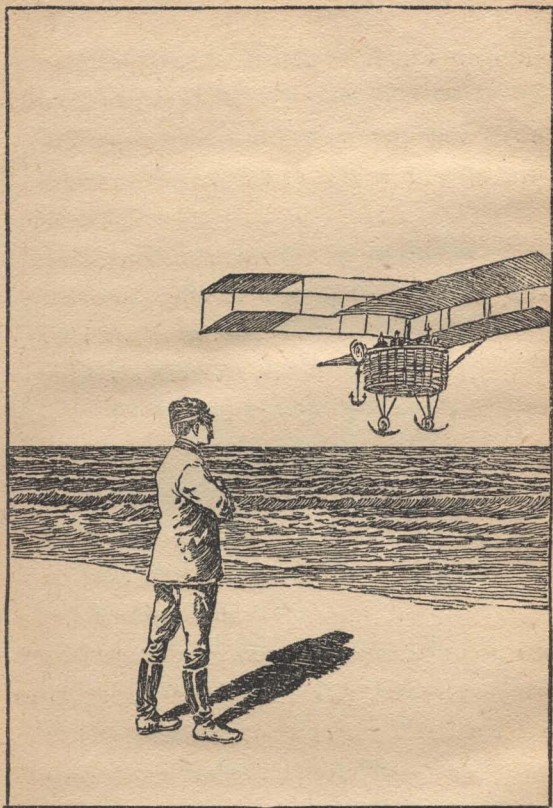
frecuencia se mostraba inquieto y nervioso, y cambiaba de cuando en cuando palabras sueltas con el desconocido, en una lengua que ni Rokoff ni Fedor acertaban á comprender.

A media noche pasaba el Halcon, con la velocidad de una flecha, sobre Balloah, una de las últimas ciudades de aquella región, y después de atravesar las bocas del Miña, que en aquel punto parecen un brazo de mar, descendió al Sur, en donde se veía una vasta isla rodeada á Oriente y Occidente por otras islas más pequeñas.

—Schalibaspay—dijo el capitán mostrándola á sus compañeros—. Un desierto poblado únicamente por serpientes.

Aquella isla, que es una de las más notables del golfo de Bengala, aparecía, en efecto, desierta. No se veían más que plantas, en su mayoría cañaverales gigantescos y juncos.

En menos de un cuarto de hora la atravesó el Halcon, que vino á aterrizar en su extremo, á orillas del golfo de Bengala.



El capitán, quieto en la playa, con los brazos cruzados sobre el pecho, la miró alejarse.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Descendamos á la playa—ordenó el capitán.

Describió el Halcon una inmensa curva y descendió lentamente, sostenido sólo por los planos sustentadores, y fué á posarse sobre las arenas.

—El capitán, después de examinar de una mirada los alrededores, saltó á tierra, mientras el maquinista desembarcaba tiendas de campaña, armas y municiones.

—Venid—dijo á Fedor y Rokoff—. Nosotros nos quedamos aquí por ahora.

—¿Nosotros? ¿Y los demás? —preguntó Fedor.

—Deben ir á otra parte.

—¿Con el Halcon?

—Sí, con el Halcon—respondió el capitán—. Su ausencia no será larga, y además, quiero saber...

Se interrumpió bruscamente, como arrepentido de haber dejado escapar aquellas palabras, y cambió de conversación, diciendo se-

camente al maquinista, que esperaba cerca de él sus órdenes:

—Puedes irte.

El desconocido se adelantó. Estrechó en silencio la mano del capitán y después se acercó á Fedor y Rokoff; les tendió también la mano, y dijo en buena lengua rusa:

—Espero volver á veros algún día, señores.

Antes de que el ruso y el cosaco se repusieran de su estupor, el desconocido saltó sobre la nave aérea, seguido del maquinista.

La máquina voladora tomó carrera y se lanzó al espacio, alejándose velozmente con rumbo Noroeste. El capitán, quieto en la playa, con los brazos cruzados sobre el pecho, la miró alejarse.

Cuando desapareció en las tinieblas, se volvió hacia los dos amigos, diciendo:

—Esperemos á que vuelva el maquinista.

—Una palabra, señor . . .—dijo Fedor.

—Hablad.

—Ese hombre es ruso, ¿verdad? Un ruso como yo, porque nadie puede hablar la lengua rusa tan bien como ese hombre como no sea natural del país, aun cuando la conozca perfectamente.

El capitán miró al ruso en silencio durante algunos instantes. Después respondió:

—Puede ser también ruso, señor Fedor. ¿Os pesaría?

—¡Todo lo contrario, capitán!

—No me preguntéis más nada acerca de ese hombre, que para vos debe ser siempre un desconocido. Por otra parte, no le habéis de volver á ver jamás.

No habían transcurrido veinticuatro horas, cuando Rokoff y Fedor vieron con viva sorpresa que el Halcon reaparecía nuevamente.

Casi al mismo tiempo, una chalupa, mandada por cuatro indios, se acercaba al improvisado campamento desde una de las embarcaciones llamadas *ponlar*.

E M I L I O S A L G A R I

—Señores—dijo el capitán—. Ha llegado el momento de nuestra separación. He aquí el barco que hice fletar para vosotros, á fin de que os conduzca á Calcuta. Los hombres que le tripulan son de confianza.

El Halcon había descendido sobre la arena, pero iba tripulado tan sólo por el maquinista.

El capitán permaneció silencioso mirando á Rokoff y Fedor. Parecía conmovido.

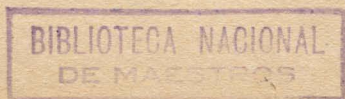
—Volved á Europa—dijo al fin, tendiendo á los dos la mano—. Llegó la hora de separarnos.

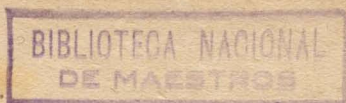
—¿No nos volveremos á ver más, señor?—preguntó el cosaco lleno de amargura.

—Sí; algún día. Os lo prometo ¡Partid!...

Y sin esperar más ni añadir una palabra, se subió al huso, el cual se elevó rápidamente, describiendo una inmensa espiral.

Fin de los hijos del aire





ÍNDICE

<u>Capítulo</u>	<u>Páginas</u>
I.—El lago santo de los budistas	7
II.—Los budistas del Tengri-Noor	45
III.—El monasterio de Dorkia	79
IV.—Los budas vivientes	101
V.—Un suplicio espantoso	141
VI.—Los Gigantes del Himalaya	179
VII.—Atravesando el Butan	199
VIII.—El último adiós	241

